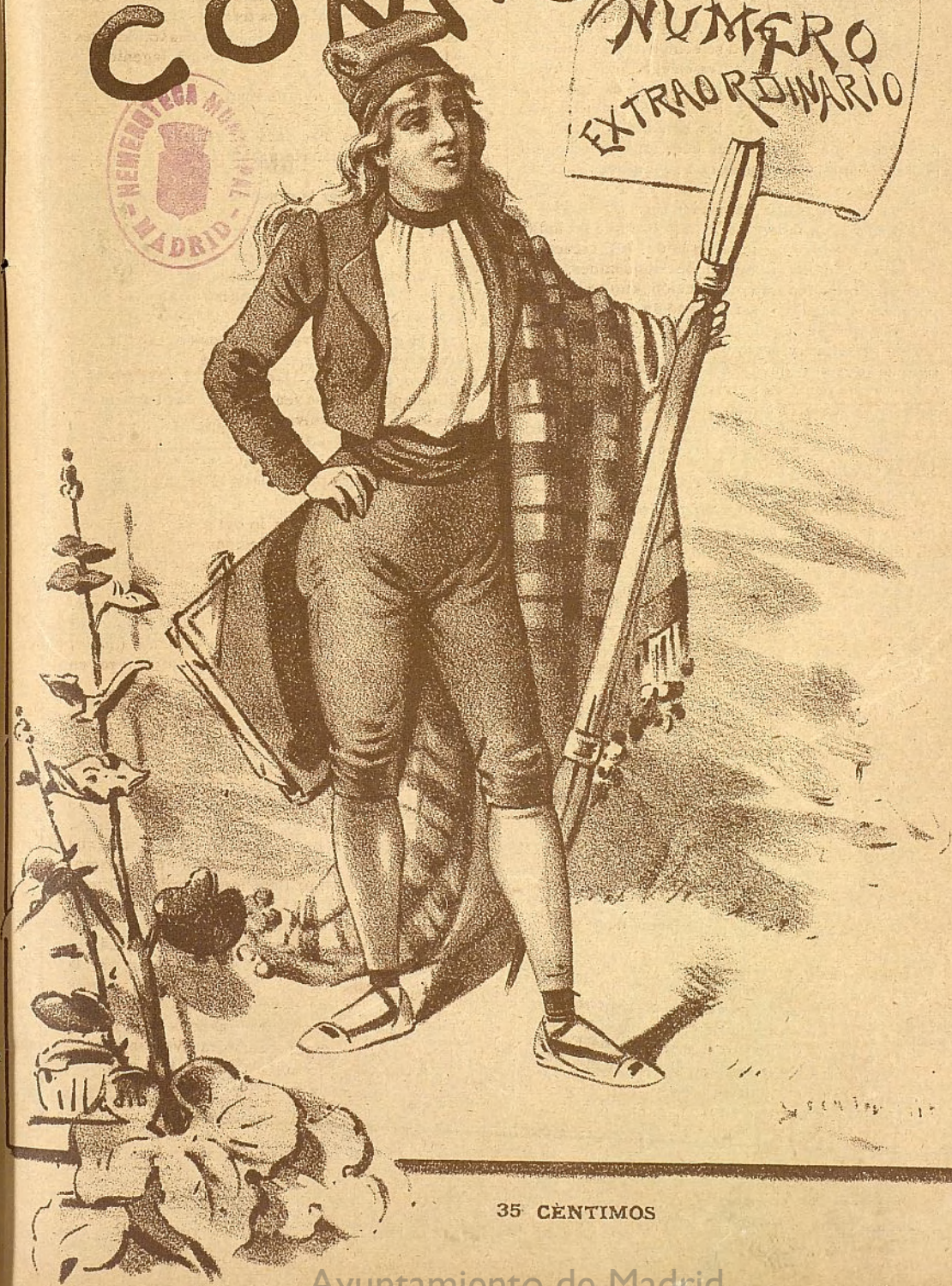


LA SEMANA COMICA

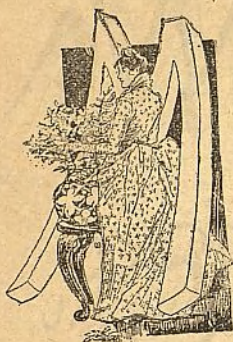
NÚMERO
EXTRAORDINARIO



35 CENTIMOS

Ayuntamiento de Madrid

Enagenación... mental.



Se atrevo á llamar así á la compra-venta de la isla de Cuba, que tratan de arrancarnos los norteamericanos; enagenación que sólo existe en la mente de esos industrioses y aprovechados nietos de los puritanos y de los cuáqueros.

Años hace que tal idea se echa á volar, unas veces en el Senado de Washington y es apuntada otras en el Gobierno de los Estados Unidos; de manera que la venta en cuestión va teniendo más incidentes y aventuras que la famosa *venta* del Quijote.

Pero hay cosas que no pueden ser.

Así como un individuo, por pobre que se halle, nunca vende los obsequios de boda, los recuerdos de familia ni esa infinidad de donaciones, que, como se afirma en la conversación, «no se ofrecen porque son regalo», así la nación española, por exhausta que se encuentre, no puede hacer donación gratuita—y mucho menos onerosa—de esa reliquia que nos queda del espléndido regalo de Colón y que recuerda al cristiano el triunfo de Granada, al español la unidad nacional, al historiador los albores de la edad moderna y al comercio marítimo los comienzos de la provechosa navegación por el Océano.

Razones son estas que el duque de Veragua—si se tratara de hacer un ingrato desaire á su abuelo—haría ver ante el Consejo de ministros, soltando allí todos los recursos de su oratoria y hasta todos los toros de su ganadería.

Ya sabe el duque que en tan supremo trance ha de formar en su cuadrilla, suelta la coleta al brazo, todos los admiradores de Christóbal Colombo, el genovés ilustre que—según Heine—al hombre de su cautividad, al me-

y capo. *bían,* su cadena. *ne—si no libe* en que ha de limpiarse, porque nos hizo más larg. *llón norteamericano,* á la

Quedamos, pues, *agua.* *está de huevo; ese pab* *sugeto:—¿es verdad* vez estrellado y pasado por

—Diga V.—preguntaba un *que vamos á vender á Cuba?*

—Eso se dice,

—Y ¿cuántos millones van á darnos?

—Pocos (no vé V. que tratándose de Cu. *ha, la* tasarán á ojo de buen cubero?)

—No me negará V. que merecíamos buen puñado de oro.

—Buen puñado, no señor: buena puñada,

Otro caballero, que se entera de la política internacional por las caricaturas de los periódicos, preguntaba también la otra tarde:

—¿Qué dirá á todo esto el secretario de Estado de la república norteamericana, el célebre Mr. Blair que parece un castillo?

—Hombre, no es tan alto...

—No; ¡si lo digo por la *barba-cana!* Y ¿qué dirá á su vez el chiquitín del presidente, Mr. Harrison, á quien pinta el *Punch* con tamaña chistera blanca?

—Pues ¡figúrese V.! ¿Qué ha de decir? Estará pensando en endosarnos el gorro ese. Forzoso es que seamos francos y manifestemos á los Estados Unidos la imposibilidad de su deseo y nuestro cariño por Cuba.

Es decir, que hemos de mostrarnos á un mismo tiempo llanos y antillanos, aunque parezcan cosas antagónicas.

Nada de vender nuestros terrones, y mucho menos esos que son verdaderos terrones de azucar.

Pensando en esto, dialogaban así dos transeúntes:

—La verdad es que tienen mucho ingenio los norteamericanos.

—¡Bah! Más *ingenios* tendrían si se quedasen con Cuba.

¿Qué dirían las naciones extranjeras al vernos sacar parte del territorio nacional poco menos que á pública subasta?

De seguro que ver la sub-asta y enviarnos al subcuerno sería todo una misma cosa.

¿Que en Cuba hay focos constantes de filibusterismo? ¿que se padecen fiebres palúdicas? ¿que es plantel de cohechos é irregularidades?

No importa, como decían nuestros abuelos en la guerra de la Independencia.

Viva la gallina y viva con su pepita.

Viva España y viva con su pepita, que, como la del cuento, es toda una señora doña Josefa.

El tiempo de las «ventas de bienes nacionales» ha pasado para no volver.

Aquello estaba justificado por haber caído la propiedad territorial en *manos muertas*.

Pero Cuba siempre ha estado en manos demasiado vivas.

Y no perdamos de vista lo del genovés.

Que si en los religiosos tiempos de la Edad Media las imágenes emigraban de los santuarios ante la ingratitud de los fieles ó el olvido de los devotos, fácil sería que ahora, ante una ingratitud nacional, emigrasen de sus pedestales el *Colón* que tenemos en Barcelona y los dos *Colonos* madrileños (*ainé et cadet*) que se elevan uno en Recoletos y otro en el patio del ministerio de Ultramar.

En cuyo caso, tendríamos muy merecido que, siguiendo adelante el milagro, subieran á los desocupados pedestales las estatuas de *Judas de Keriotte*, de *El Mercader de Venecia* y del *Sillok de Sullivan*.

Todo esto es hablar por hablar.

Porque claro es que los industrioses *yankées* no han de salirse con la suya; es decir, con la nuestra.

Pero ya que me he metido con las estatuas, voy á proponer una ligera modificación en la hermosa estatua elevada por Barcelona á orillas del mar.

Dirigir la mirada de Colón un poco más alta: la América del Norte.

hacia *ngiendo un poco el brazo, hoy extendido,*

Y, *rec* *icame* extendiera y aun agitara la hacer que ún. *la uña del pulgar puesta en la*

mano... pero con *sta de España á la propo-*

punta de la nariz. *se en Washingtón.*

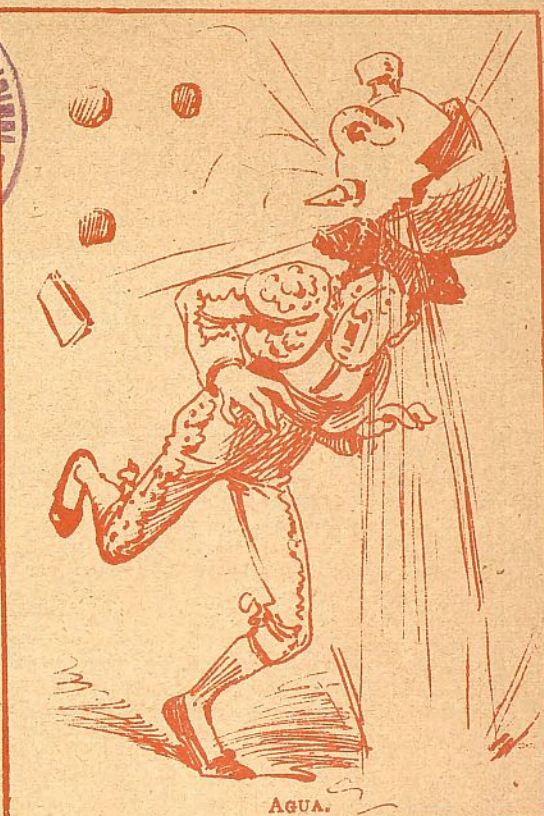
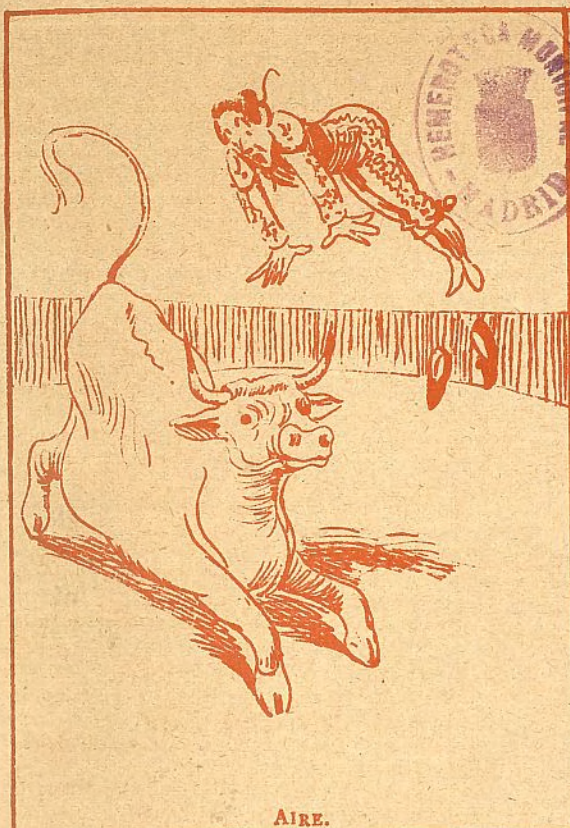
Tal debe ser la respue. *de la patria.*

sición que empieza á formula. *de la patria.*

Nada de atentar á la integridad.

LOS ELEMENTOS DE LA TAUROMAQUIA

por MELITÓN GONZALEZ.



Porque ante este temor, todos nos hacemos *integro*s y encargamos á Nocedal que forme gabinete. Nada de vender la isla de Cuba.

Porque, atemorizados por la idea, cogemos al *Islamismo* y lo hacemos religión del Estado.

Guárdense sus millones los hijos de Lincoln y conserven por muchos años

la scarcela pienna.

Ya sabemos que España ha pasado por el aro varias veces.

Pero por los aros de esa Cuba no pensamos todavía en pasar.

LUIS ROYO VILLANOVA.

HUMORADAS.

(INÉDITAS.)

I.

Ya ha aprendido esa harpía
que, si el amor no hace sufrir, hastía.

II.

La mujer, aunque se halle degradada,
es, ó puede ser, madre, y es sagrada.

III.

Segun prueban la fábula y la historia,

la esposa es un presidio, ó es una gloria.

IV.

Por extraño que sea,
yo sólo creo en tí, que eres atea.

V.

La muerte, por nosotros tan temida,
es un cambio de frente de la vida.

CAMPOAMOR.

LA FUENTE Y LA MARIPOSA.

Sobre el cristal de una fuente
una rosa se inclinaba,
y en la linfa contemplándose
y haciendo espejo del agua,
su propia imagen veía
de si propia enamorada.

En esto, con giros rápidos,
una mariposa cándida
llegó al borde de la fuente
y recogiendo sus alas,
paró su vuelo un instante

caprichosa ó fatigada.

Vió mecerse las dos rosas
entre los soplos del aura,
la del rosal verdadero
la que el cristal imitaba,
y escogiendo la fingida
para centro de sus ansias,
dirigió su alegre vuelo
á la cristalina taza,
hundiendo en líquida tumba
su cuerpecillo y sus alas,

el tul que las transparenta
y el iris que las esmalta.

¡Ay del que busca ilusiones
y realidades aparta!
Será cual la mariposa
aturdida de esta fábula,
que se hundirá en el abismo
de la mentira y la nada.
¡Por cada rosa de arriba
hay otra que finge el agua!

JOSÉ DE ECHEGARAY.

SONETOS.

TESTAMENTO.

Como tiene por fuerza y fatalmente
que llegar ese instante de mi vida
en que al mundo he de dar la despedida,
—¡la eterna despedida!—frente á frente,
quiero hoy hacer constar, hecho un valiente,
por si acaso más tarde se me olvida,
que, próximo el momento de partida,
conviene á mis deseos lo siguiente:

No ver en derredor del triste lecho
á una santa mujer: á esa que santo
cariño guarda para mí en su pecho...

¡Había de llorar, al verla, tanto,
que en lugar de morir, un valiente hecho,
moriría asfixiado por el llanto!

DANIEL BLANCO.

LOS CELOS

El aire que al pasar besa tu frente
y con tus rizos á jugar se para,
me inspira tantos celos, que apartara
á soplos si pudiera, su corriente.

El espejo, secreto confidente
que reproduce tu divina cara,
parece que la guerra me declara
robándome tu amor traidoramente.

Soy tan celoso, que ni al sol tolero
que en tí se fije; y tal es mi egoísmo,
que quisiera ocultarte al mundo entero;
pues siento de mi pecho en el abismo,
que si doy en pensar cuánto te quiero...
¡soy capaz de atentar contra mí mismo!

FRANCISCO CAPELLA.

ANTIGUALLAS



ROTESTO de que no embarga mi espíritu la mas mínima preocupación de democracia cursi; pero, francamente, la noticia de que al ilustre marino D. Isaac Peral le van á conceder un titulo de Castilla, me ha hecho reir burlescamente.

Comprendo el donativo en metálico, que es cosa que está, no solo á la altura de nuestros tiempos, sino á la altura de todos los siglos, comprendo que le regalen una casa; comprendo que le den un ascenso en la carrera; comprendo hasta la estatua si se quiere... pero ¿un título?

¡y de Castilla, sin duda para que rabien los de León, Andalucía, Baleares, Aragón, etc., etc.!

¿A quí bon?

¡Nada! ¡que hacemos cuanto podemos por llegar á hombrecitos y no salimos de niños!

Si Peral es una de esas inteligencias superiores, como lo son otras muchas que en nuestra patria tenemos ¿qué dirá cuando sepa que, como complemento á su gloria, como remiendo á su personalidad le hacen conde, ó marqués, ó duque? Por supuesto, ¡de Castilla! Por que esas cosas deben de ser como los garbanzos. Los más finos, ya se sabe ¡de Castilla!

Y no hay que pensar en que se le ocurra otra novedad á los señores que dirigen la sociedad en que vivimos.

Recuerden Vds. que allá en Roma se sigue la tramitación de un expediente para meter á puñados en el Santoral á Cristóbal Colón, cosa que me viene también preocupando hace algunos años. No he podido averiguar qué relación pueda tener el descubrimiento de las Américas con la Corte Celestial, ni por qué se ha de sentar á la derecha de Dios Padre un sabio que acometió la empresa más arrogante de que dan noticia los tiempos.

Si la Corte Celestial fuera una cosa así como la Academia de la Lengua ó la de Ciencias Morales, y el Santoral una especie de lista alfabética de sa-

bios... ¡santo y bueno! Pero si allí, por cada sábio, debe de tropezar, el que vaya por aquellos andurriales, con gente que no sepa más que servir á Dios y gozarle ¿qué pito puede allí tocar el ilustre genovés?

Y lo mismo digo de la gente de Castilla; es decir, de los que tienen títulos de Castilla.

¿Qué papel puede hacer entre ellos el inventor del torpedero eléctrico?

A menos que con eso se haya querido honrar á la aristocracia y no precisamente dar á Peral una honra que no necesita.

Hace poco han dicho los periódicos que en la plaza de toros de Granada, ha tomado la alternativa de picador un marqués.

No sé el gremio de picadores de toros lo que dirá; no sé tampoco lo que habrá dicho la junta directiva de la nobleza; pero lo que yo digo, lo que yo pregunto, es á qué viene eso de meter á un hombre de estudios de cabeza en una clase que no dá

LA MUSA POPULAR, POR APELES MESTRES.



*La guitarra de mi niña
siente como una persona...
¡que cosas sentirá entonces
cuando mi niña la toca!*

casi nada al mundo, pero que cuando da algo, da picadores.

En Haití habrá negros que cuando sepan el mérito de Peral digan: «¡Caramba! ¡Qué lástima que ese hombre no sea negro!»

Ahora los copiamos nosotros diciendo: «¡Qué lástima que una persona tan ilustrada no sea marqués!»

Y como los marqueses los hacemos en casa, vamos á hacerle eso á Peral; en cambio los negros, que no pueden cambiar el color de los hombres, se quedarán con las ganas para siempre. No sé á quien se le habrá ocurrido esa transfiguración del autor del sub-marino, pero me recuerda su candor el de aquel muchacho que almorzaba cebolla cruda con pan, y le decía al padre:

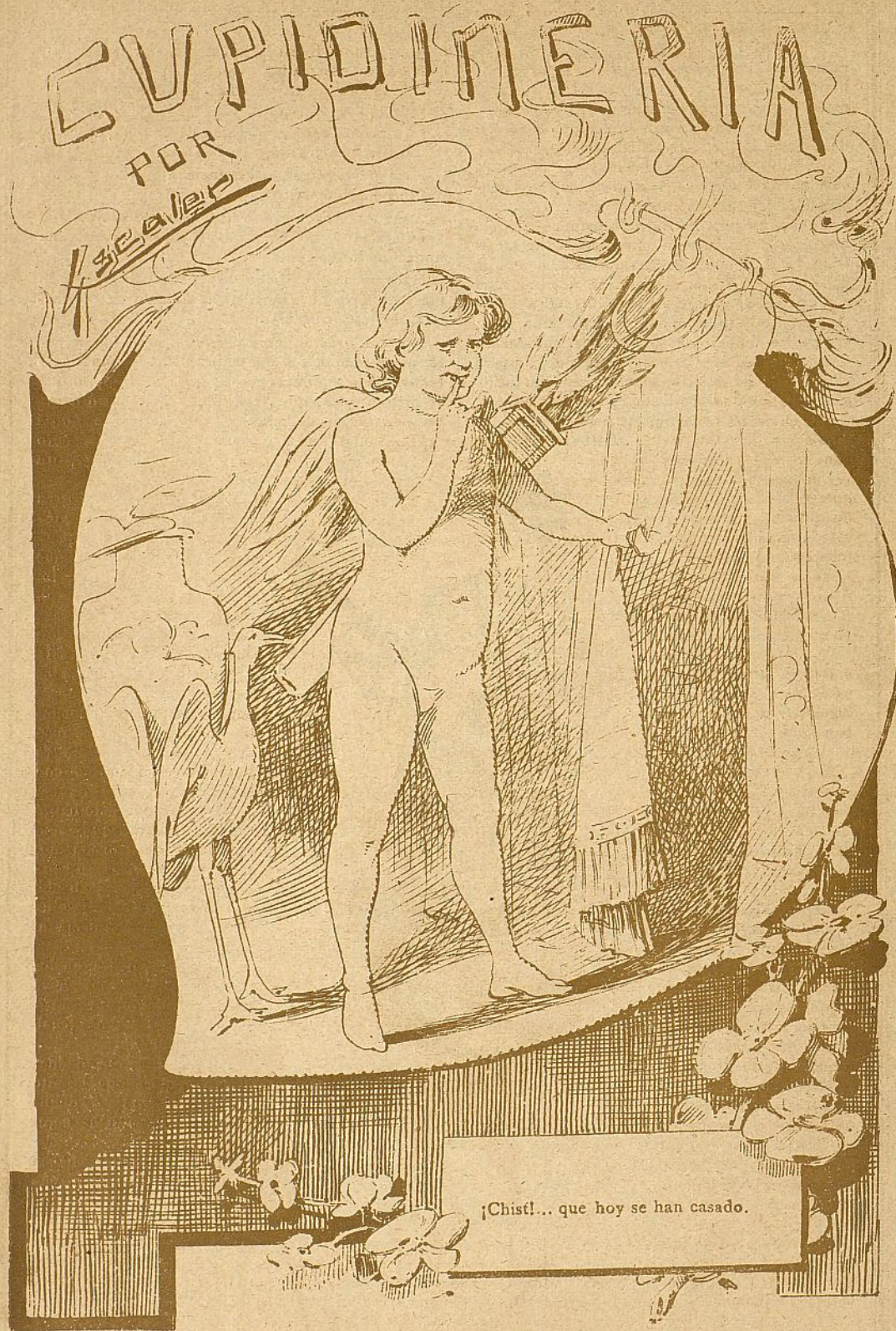
—Diga V., padre: en los pueblos donde no haya cebollas ¿qué almorzarán?

—Ves tú á saber ¡cualquier porquería!

Porque esa es la deducción. El que tenga talento y no sea conde ó duque ¿qué demontres hace en el mundo?

Porque los que hacen esas cosas, los que no saben premiar el genio sino como se premian las adulaciones, ignoran que con eso cometen la mayor de las

irreverencias, porque parece que enmiendan la plana á Dios, corrigiendo sus obras.



Si un marqués es un hombre como otro cualquiera, dejen al inventor que sea lo que es; si un hombre blasonado u otra cosa distinta, dejen que el genio ostente lo suyo, y no le vistan de pavo real.

Sin contar con que eso parece que es apartarle del mundo al que fué enviado, en el que ha vivido y al cual presta los servicios de su saliduría, parece como que quieren señalarle, como se señala en un rebaño á los borregos distinguidos.

Yo no me opongo á que blasonen y coronen y hagan lo que quieran al que hace chocolate con el fruto del cacahuet, ó al que fabrica vino sin necesidad de zumo de uva, ni al que saca muelas sin emplear llave inglesa... Esos, al fin y al cabo, necesitan un título y una corona para los prospectos y para las targetas y para las etiquetas de sus frascos ó de sus cajas, pero... ¿el inventor del sub-marino? ¿Puede añadir en sus targetas, algo que sea más grande que «Isaac Peral»?

Pues no señor, el hombre ha de aguantar el sambenito y dejarse titular de Castilla ¡Y que no se olvide por Dios lo de Castilla!

Por supuesto que D. Isaac estará dentro de la aristocracia como gallina en corral ajeno, porque los que tienen ó creen tener sangre azul, no crean ustedes que se satisfacen con que les envíen tales refuerzos.

Es lo que ellos dicen:

—Antes daba gusto pertenecer á la nobleza. Ahora, en estos tiempos modernos, ¡se nos ha metido en el gremio un zurriburri de gente!...

Y ellos han establecido lo de que la nobleza se divide en rancia y en fresca, como el tocino, perteneciendo á la rancia, la que el cura aquel sacó á luz en el famoso *Tizón* y á la moderna la que Vds. han visto hacer en tiempos recientes.

¡Vamos! Que no me cabe en la cabeza eso de que

para elevar á Peral le hayan tenido que poner al nivel del conde de... ¡tente lengua!

El caso es que bien podían, ya que no otra cosa, haber visto lo que se hace en otras partes.

¿Qué títulos, ni que escudo de nobleza han dado á Edison, á Eiffel, á Koch, á Stanley...?

Repito que aquí no sabemos salir de niñerías, de preocupaciones, ni de antiguallas.

Y que ya no sabe uno ni por donde se anda ni á donde nos conducen los que guían el carro de la historia.

Tan pronto vé uno que una reina más ó menos casta regala su manto para que le luzca una virgen, como ve convertir en sugeto blasonado á un gacetillero de periódico sin pizca de sintaxis, como ve hacer á un sugeto hijo adoptivo de tal ó cual pueblo...

Y no hay escape.

El que lucha y se afana por elevarse de los demás, el que estudia y se quiebra los cascos por sobresalir de ese nivel en que se agitan tanto ignorante, tanto adulador, tanto egoísta y tanto majadero, está perdido. En cuanto le ven alzarse media cuarta, me le cojen, me le atan codo con codo, me le sientan en un trono, le ponen una corona, un manto y una caña y... ¡ecce homo!

No vale decir: «Señores, por piedad, yo no quiero más que mi gabinete de estudio, mis libros, mis aparatos, la gratitud de mis semejantes...»

—¡Nada, nada! —le contestan. —Usted será duque y... ¡chitito! ¡sin protestar! Porque si se queja Vd. ¡le beatificamos!

Así es que á veces dirán los agasajados de tal manera:

«Pero, Señor, ¿en qué casa de locos me he metido yo?»

ANDRÉS CORZUELO.

SINFONIA.

INTRODUCCION DEL NUEVO LIBRO DE POESIAS, INEDITO DE SALVADOR RUEDA, TITULADO

Cantos de la vendimia.

De nueva poesía

cantar quiero la gracia,
ingénua, cual la ofrecen
los campos de mi patria.

Habrà en mi libro olores
á tierra caldeada,
sabor á mosto nuevo
y dejo á dulces pasas.

Entre la luz brillante
de sus ardientes páginas
haré pasar las sombras
movibles de las parras.

Colgada de una yedra
y canta que te canta,
columpiará su lira
la estética cigarra.

Del mundo de los seres
que en las tinieblas nadan
se oirá al venir la noche
la incierta serenata.

De los rosarios frescos

que va engarzando el agua
haré sobre las rocas
saltar cuentas de plata.

Yo haré correr los vasos
enmedio á la parranda,
como en las fiestas griegas
la primorosa cratera.

El junco de los huertos
haré temblar al aura
y llamaré á los cálices
para que el sol los abra.

Del cuadro de costumbres
haré fluir la gracia,
trazando sobre el lienzo
labriegos y serranas.

Yo haré de la bandurria
salir en frescas sargas
brillantes arabescos
al pié de la ventana.

A misa de domingo

haré que todos vayan
y recen por los muertos,
por Dios y por la patria.

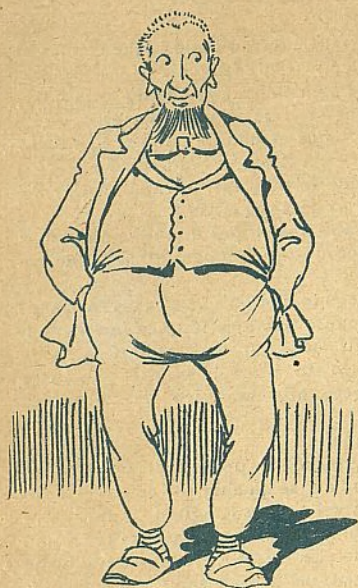
Quiero que haya en mi libro
grecas de conchas raras
cogidas por la tarde
en las marinas playas.

Yo haré á la bella moza
ir á la frente clara,
posada en la cadera
la rezumosa cántara.

Sobre una peña ardiente,
al guardador de cabras
tocar haré en la siesta
la rumorosa flauta.

De la vendimia hermosa
de fuego coronada,
haré que al sol se tiendan
las uvas de oro y ámbar.

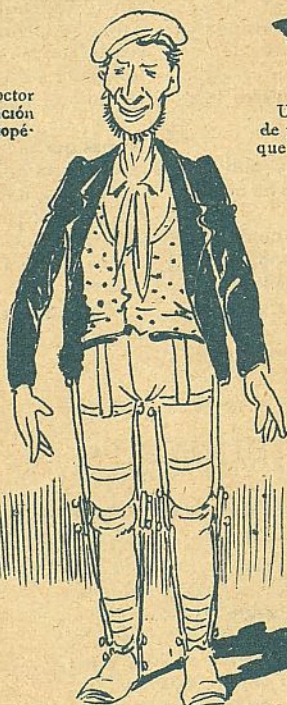
UN CASO PORTENTOSO, POR «MECACHIS»



Tengo el gusto de presentar á Vdes. al Doctor Mister Pale, que ha llegado al colmo de la invención y perfeccionamiento en el ramo de aparatos ortopédicos.



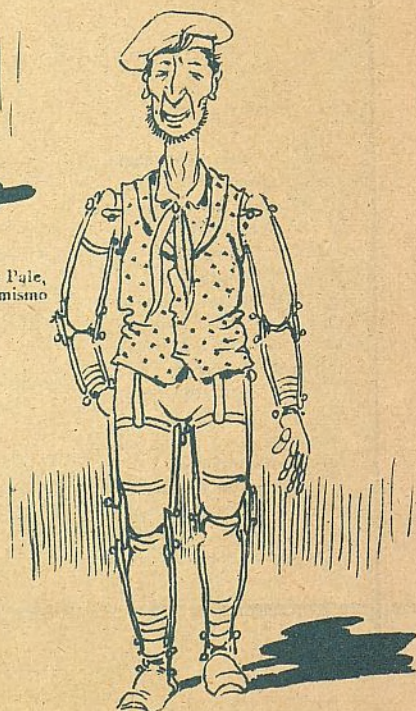
Un día el fegonero Jhon Smith tuvo la desgracia de perder las piernas en una catástrofe ferroviaria que hubo en los Estados-Unidos.



Pero gracias á los aparatos del doctor Mister Pale, pudo seguir en la compañía ejerciendo el mismo cargo.

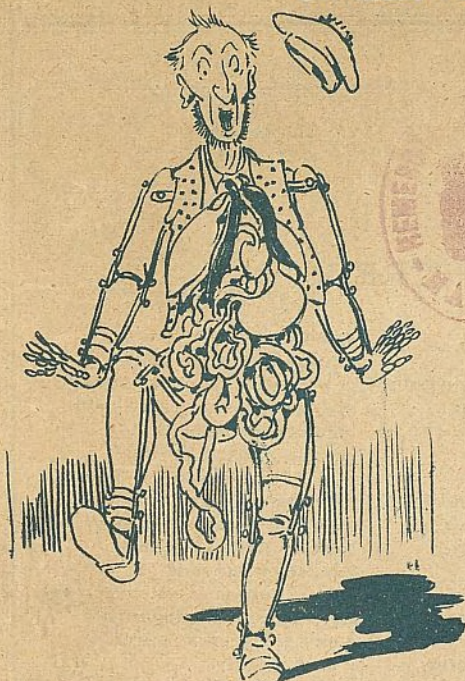


Cinco años despues, Jhon el fegonero perdió ambos brazos á consecuencia de un descarrilamiento....

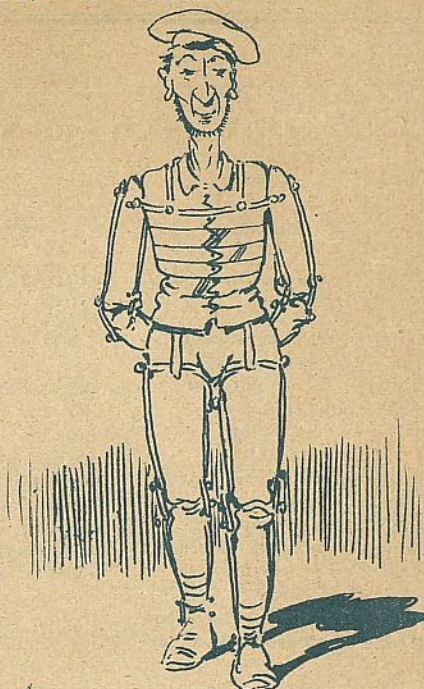


pero de esta pérdida le indemnizó cumplidamente el doctor Pale.

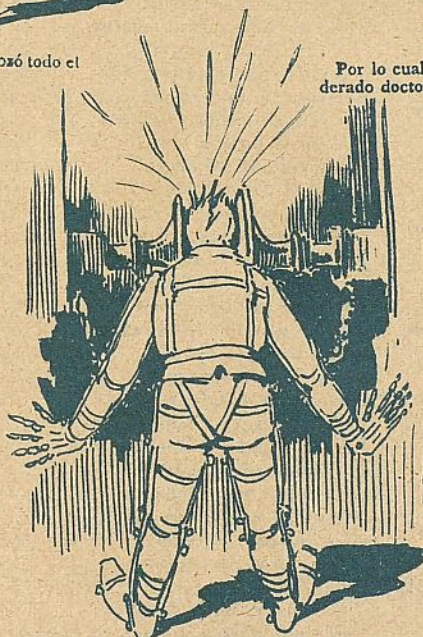
UN CASO PORTENTOSO, POR «MECACHIS»



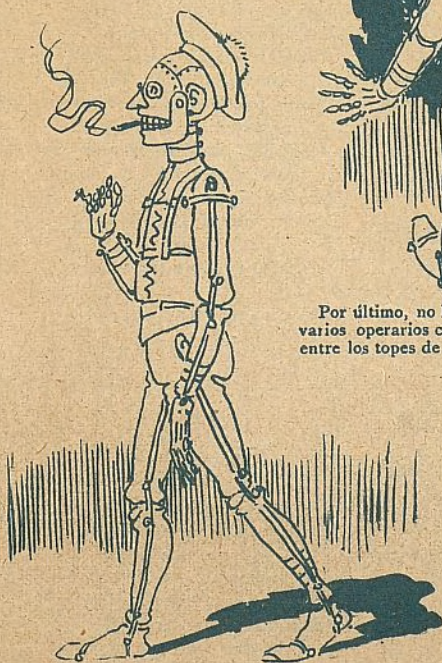
Dos meses más tarde, un choque le destruyó todo el tronco.



Por lo cual fué preciso recurrir al nunca bien ponderado doctor, que le dejó como nuevo.



Por último, no hace mucho que en unas maniobras varios operarios cogieron la cabeza del infeliz Jhon entre los topes de unos wagones,



y el doctor Pale tuvo que ponerle cabeza nueva.



Y ahora viene lo raro, lo portentoso del caso: y es que el Doctor que tales milagros hace, no ha sabido, á pesar de los pesares, enderezarse sus propias piernas.

Quiero que dé mi libro
joven frescura al alma,
y aquel que le recorra

se acuerde de su patria.
Y quiero que la fósil
escuela inútil—clásica,

en él no halle un *alve*,
un *hado*, ni una *parca*.

SALVADOR RUEDA.

LA LLEGADA DEL TREN.

Llega el tren á la estación
con pausado movimiento,
como un monstruo fatigado
que al respirar echa fuego.

Sacan por las ventanillas
sus cabezas los viajeros,
saludando á los que aguardan
ya con los brazos abiertos.

Abrense las portezuelas,
se arma un ruido del infierno,
y suenan voces y gritos,
y carcajadas y besos.

—¡Allí está!—¡Qué gordo viene!
—¡Dame un abrazo!—¡Qué bue-

[no!
—¿Qué me traes?—¿Qué tal te
[ha ido?

—¿Una fonda, caballero?

—¡Papá!—¿Coche á domicilio?

—¿Y mi talón?—Yo lo tengo.

—¿Lleva usted en el baul

algo que pague derechos?

—¿Cómo queda la familia?

—¿Sabes que murió don Diego?

—¿A dónde vas?—Voy al tren,

que me he dejado el sombrero.

—Vienes mucho más delgado.

—Te encuentro mucho más grue-
[so.

—He tenido mucho gusto...

—Gracias.—Abur.—Hasta luego.

—Pez, 14.—Gato, 15.

—Esta noche nos veremos.

—Mamá, que saluda Lopez.

—¡He perdido los quevedos!

—Vamos, no pararse aquí.

—Son siete bultos.—¡Grosero!

—¡Ay! ¡Qué pisotón. me han

[dado!

—¡Cuánto te echaba de menos!

Y á cientos van las maletas,

y van los cofres á cientos,
y se ve allí cada mundo,
que es más que mundo, universo.

Y una señora muy gorda
que está esperando á su perro,
que fué á dar á la *perrera*
porque se lo descubrieron.

Y un señor que lleva un lío
con diez bastones lo menos,
y una manta y un paraguas,
y una maleta y tres cestos.

Y un caballero muy flaco
á quien varios van diciendo
que viene mucho mejor,
y está el pobre medio muerto.

Y una señora muy vieja
que mira con ojos tiernos
y lleva un sombrero verde,
que es todo menos sombrero.

Y un viudo con siete niños
todos vestidos de negro,
flacuchos y encanijados
que da compasión de verlos.

Y unos cuantos cazadores
que vuelven muy rostrituertos,
y aseguran que en España
no queda ya ni un conejo.

Y un marido que á su esposa
va por lo bajo riñendo
por si ella miraba ó no
á un oficial de lanceros.

Y un personaje importante
á quien esperan doscientos
que le abrazan y le adulan
y le ofrecen sus respetos.

Y allí se confunden todos,
niños, jóvenes y viejos,
pobres, ricos, artesanos,
y militares y clérigos.

Como si al bajar del tren,
donde por *clases* vinieron,

se nivelaran las clases
siquiera por un momento.

Y en medio de este barullo
que vuelve loco al más cuerdo,
oigo el diálogo siguiente,
que cojo y escribo al vuelo:

—¿Y qué tal el viaje? —Mal:
he tenido un contratiempo...

—¿Algo grave? —Sí, muy grave;
tomé en Avila un refresco
y no sé de qué sería

que me puso muy mal cuerpo

Me entraron unas angustias,

y un sudor y unos mareos...

y unos dolores... En fin,

que estaba ansiando el momento

en que se parase el tren

para bajar... —Ya comprendo.

—En el coche era imposible,

pues todo venía lleno.

Por fin, despues de sufrir

el más terrible tormento,

llegamos á una estación

y vi los cielos abiertos:

«Las Navas: ¡cuatro minutos!»

¡Ya ve usted: no había tiempo!

—¡Es claro! —Volaba el tren,

y yo sufriendo, sufriendo...

Llega otra estación al cabo,

voy á bajar muy contento,

y escucho una voz que grita:

«Cuatro minutos: ¡Robledo!»

¿Quién puede en cuatro minutos?..

¡Ya ve usted; no había medio!

¡Dan, dan, dan! El tren se pone

en marcha otra vez. ¡Yo muerto!

Pon fin oigo: «¡El Escorial!

¡Quince minutos!» Me apeo...

—¡Vamos! Ya era tiempo. —No;

¡no, señor; ya no era tiempo!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

LO POSITIVO

Solos estamos, querida;
temor á un lado dejemos
y juntos los dos, gocemos
todo el placer de la vida.

¡Ves las ventanas aquellas
en que hay luz? Allí hay un sabio
que estudia en el asrolabio

el mentir de las estrellas.

Allá vela un escritor
que en dejar para la historia
un nombre lleno de gloria
cifra su dicha mayor.

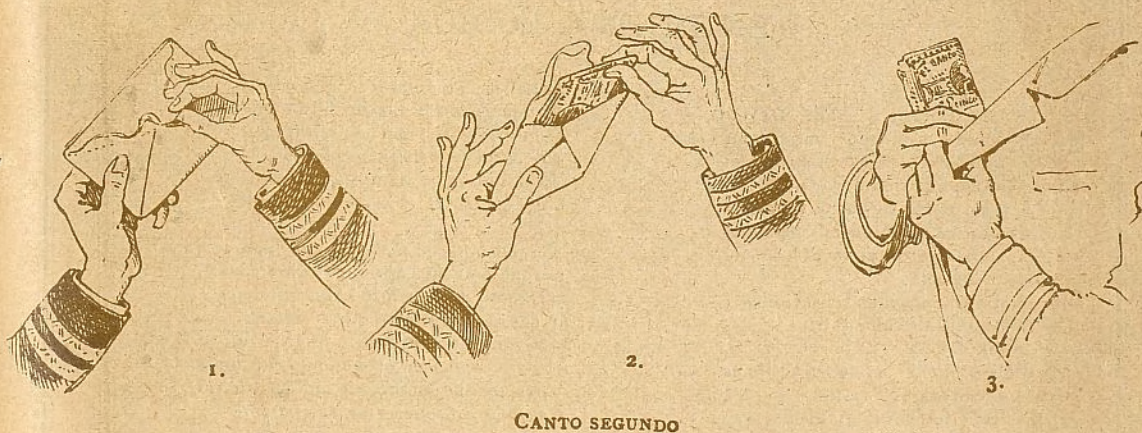
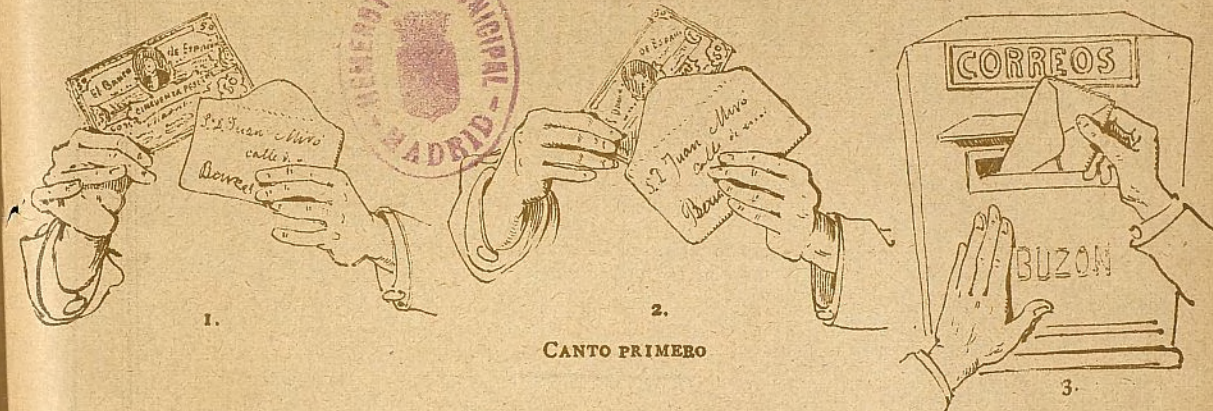
Yo la gloria he perseguido
y me llegué á convencer

de que es la gloria un placer
que nunca se vé cumplido.

He buscado la verdad
y, cuanto más la buscaba,
aún más y más me quedaba
en la duda y la ansiedad.

Y hoy veo, sin que me espante,

LOS VALORES EN CORREOS, POR PAHISA.
(Poema muy español.)



que, tras de vida azarosa,
el sabio duerme en la fosa
lo mismo que el ignorante;
y tras de tanto querer
y tras de tanto anhelar,
nunca llegaba á gozar
ni un instante de placer.
Y deduzco que, en rigor,
aunque sean pasajeros,

no hay más goces veraderos
que los goces del amor.
Si consigo que se ablande
tu pecho que nunca amó,
dí: ¿quién mas sabio que yo,
mi vida, ni quién mas grande?
Yo doy las arcas de Crespo
por mirarte, prenda amada;
mi alma por una mirada,

tu mirada por un beso.
Si quereis que hable la historia
de vosotros, continuad
buscando unos la verdad
y buscando otros la gloria;
que yo aquí, con mi querida,
sin penas y sin enojos,
en sus labios y en sus ojos
busco el placer de la vida.

JOSÉ ESTREMERÁ.

EN BUENA LÓGICA.

I.

Laura me dijo así: «Cuando, travieso,
Juan me halló descuidada y me dió un beso
(y siguiendo la regla de San Bruno,
le tuve yo que dar ciento por uno)
empecé á ser mujer de carne y hueso.
Desde entonces nacieron mis pasiones
y mis sueños volaron al vacío;
como dijo el poeta,
nunca volví á tener más sensaciones
que sensaciones de calor y frío;
ni lejos del planeta
tornáronme á llevar mis abstracciones,
y ya de la cadena del hastío
empecé á recorrer los eslabones.
Dicen que todo cambia; no es exacto,
porque todo es igual, no hay cosa nueva;
desde que nació Adán y nació Eva,

pactaron con Luzbel, y aún dura el pacto...
Aunque pudo el placer darme alegría,
al fin cansa el placer si es repetido,
que la mejor repetición hasta...
Ya donde pido amor encuentro olvido
ó encuentro en el amor monotonía».

II.

—Dícenme, Laura, ya que Juan se queja
porque con tus caprichos le arrebatas,
y cuando el alma á tu capricho deja
le das cada disgusto que le matas.

Laura me contestó: — ¡Juan es un loco!
¡Nada cambia en el mundo y yo tampoco!
El su red me tendió, de amor sediento.
Causóme sin querer un sufrimiento...
¡y, siguiendo la regla de San Bruno,
le tengo yo que dar ciento por uno!

RICARDO J. CATARINEU.

¡EL DURO!

Todo le sale mal á Ventura en este mundo...
¡todo!

Una vez se compró un traje de lanilla color de
café con leche; fué á visitar una fábrica de velas
esteáricas y se cayó dentro de la caldera del sebo.

Otra vez se enamoró de una chica y cuando es-
taba á punto de ser correspondido, le salió un te-
niente coronel de caballería, hombre bruto aunque
atento, el cual fué á ver á Ventura y le dijo:

—¿Conque está Vd. enamorado de Clarita?

—Si, señor—contestó Ventura lanzando un sus-
piro.

—¿Si? ¡Pues toma!

Y le tiró contra el escaparate de una tienda de
ultramarinos. Ventura rompió el cristal con la fren-
te y fué á caer de bruces encima de un barril de
manteca de Asturias, á consecuencia de lo cual es-
tuvo á punto de perder un ojo, y aun ahora se le
conoce la manteca, porque cuando llega el verano,

comienza á derretirse y tiene que secársele á cada
momento con una servilleta.

¡Pobre Ventura! Entre sus penas más íntimas,
figura la de no tener dinero. Es decir, él lo tuvo,
pero se metió en un negocio de salchichones y un
día se le fugó el socio con todo lo que había en ca-
ja y además un traje negro que guardaba Ventura
para asistir á la reunión de las de Riñoncillo.

En aquella reunión conoció á Pura, la chica más
mona de la calle del Tribulete. Alta, rubia, con un
lunar en la mejilla y una madre lo mismo que un
teniente de carabineros, llamada doña Pancha.

Ventura amó á Purita y se lo dijo terminante-
mente, pero ella le preguntó:

—¿Y Vd. qué tiene?

—Poca cosa, contestó él.

—En ese caso, no podemos hacer nada.

—No me mate Vd., Pura.

—¿Tiene Vd. padres?

—No los he tenido jamás. Es decir, no he llega-
do á sentir sus caricias, porque papá sucumbió á
manos de unos salvajes, que primero lo mataron y
después lo frieron.

—¡Qué horror!
—Y mi mamá cuando lo supo, me dió á luz y se murió inmediatamente.

A Pura le interesó aquella historia, pero clavó sus ojos en el chaquet del joven y al notar que estaba deteriorado, dijo para sí:

—Este hombre es sospechoso por sus prendas exteriores. ¡Sabe Dios como llevará los calzoncillos!

Mas tarde supo que Ventura no los gastaba y esto vino á determinar su indiferencia hacia aquel joven huérfano y mal alimentado.

Pero Ventura no cesaba en sus galanteos, y en cuanto veía á Pura acompañada de su mamá, ya estaba diciéndola con acento entrecortado por la emoción:

—Yo no vivo más que para Vd., señorita; esta pasión me llevará á la tumba.

—Olvideme Vd.

—¡No puedo! Si pudiera Vd. penetrar con su mirada en el santuario de la casa de huéspedes donde habito, me vería V. sentado sobre la cama, tocando la bandurria para distraerme; pero todo es inútil.

—¿Por qué no viaja Vd.?

—Ya estuve en Valdemoro, donde tengo un primo que es carabinero joven, y no he conseguido más que aumentar mi amargura.

A todo esto decía doña Pancha:

—D. Ventura, no nos acompañe Vd. porque nos dá mucha vergüenza. Lleva Vd. torcidos los tacones.

—Es que me ha engañado el zapatero, doña Pancha. Por lo demás, estas botas son de cuarenta y cuatro reales. Créalo Vd.

Poco á poco fué Purita comprendiendo que Ventura no era un sér vulgar.

Además de sus dotes personales, tenía talento é instrucción. Lo único que no le gustaba á la chica, era la escasez de recursos del joven.

—¿Cuánto paga V. de pupilaje?—le preguntó un día.

—Dos pesetas—dijo él tristemente.

—¿Y le dan á V. vino?

—No, señora; me dan agua, y eso muy fresca; de esto no puedo quejarme.

Así pasaron muchos días. El adulando á D.^a Pancha; Purita deseando que el joven mejorase de fortuna, y la patrona diciéndole á cada paso:

—Me debe V. tres duros y medio del mes de Mayo, y además catorce reales de las medias suelas que he pagado yo. Advierto á V. que ya no puedo lavarle las camisas, porque se deshacen. No tiene V. más que tres cuellos y uno ya se dobla solo.

Todas estas noticias eran otros tantos dardos que se clavaban en el corazón de Ventura. Su única compensación consistía en que Purita le mirase con buenos ojos de cuando en cuando. Para conseguirlo halagaba al amor propio de la mamá, diciéndole á cada momento:

—¡Ay, señora! ¡Qué mirada tan dulce tiene V.!

—Todos me han dicho lo mismo—contestaba la vieja.

—Debe V. de tener muy buen corazón.

—Yo por lo buena soy un ángel; pero que no me lleven contraria, porque entonces...

—¿Es V. de aquí?

—No, señor: soy del Camagüey, pero me trageron de chiquitica.

—¿Ha tenido V. padre?

—Pues ya lo creo. ¿Había de nacer espontáneamente?

—Dispense V.; no sé lo que me digo. Cuando hablo con Vd. se me fija un punto en este lado.

Una tarde, Ventura se puso sus mejores prendas; chaquet azul con cuello de terciopelo, pantalón verde oscuro tirando á botella de cerveza, y sombrero de copa alta.

—¿A dónde vá V. tan decente?—le preguntó la patrona.

—Voy á paseo con mi Pura y su mamá.

—¡Caramba!

—Poco á poco he conseguido hacerme simpático. Ayer Purita me dijo que tuviera esperanzas. ¡Qué feliz soy, doña Nicanora!

—Me alegro. Estoy deseando que eche V. carnes.

—Las echaré, doña Nicanora. Por de pronto, esta tarde pienso llevar á mi Purita á tomar pasteles al Suizo.

—¿Tiene V. dinero?

—Sí, señora: tengo un duro.

—¡Parece mentira!

—Me lo prestó un paisano mío, que es profesor de flauta y estuvo para casarse con una tía mía. ¿A cómo son los pasteles? ¿Sabe V.?

—Yo creo que costarán á diez céntimos uno con otro.

Ventura no dejó que doña Nicanora terminase la oración, y se fué corriendo á la calle del Tenelete.

—A los piés de V., Purita.

—Hola, Ventura.

—Doña Pancha, ¿está V. buena?

Después de los cumplidos de ordenanza, Ventura condujo á aquellas señoras á la pastelería del Suizo. Pidió pasteles y sonrió con delicia.

Pura le miraba con asombro como diciendo:

—¿Habría heredado este chico?

Doña Pancha á su vez decía para sí:

—Un hombre que convida á pasteles no debe de estar tan apurado de recursos como parece.

—¿Cuánto debo?—preguntó Ventura al mozo.

—Siete reales—contestó el aludido.

Ventura sacó el duro y lo dejó caer con aire de triunfo sobre la mesa de mármol.

El mozo cogió la moneda, la examinó durante algunos segundos y después dijo:

—¡Es falso!

—¿Falso?—murmuró Ventura abriendo la boca desmesuradamente.

Después llevóse las manos á la cabeza, clavó un ojo en Purita, otro ojo en doña Pancha y lanzó una carcajada histérica....

¡Estaba loco!

LUIS TABOADA.

POLITICA EUROPEA, POR LAGO



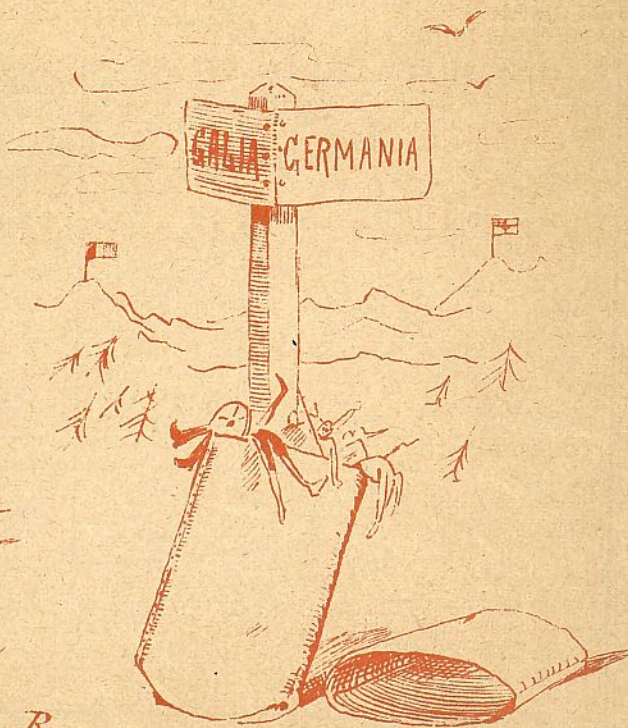
Hace ya tiempo que se viene hablando de una gran catástrofe europea



y hace ya tiempo que Alemania llama á su gente



y no menos tiempo que Francia se prepara.



1889.

Y sin embargo, hasta ahora, entre muertos y heridos hay una petaca llena.

LAS FALDILLAS DE DAMAS

I.

—Demá hi ha balladas, mare.
—Demá, filla, ballarás.
—No pas si no tinch encare
las faldillas de damás. —

Aixís la pubilla deya
al punt qu' arriba 'l promés.
—¡Ja torném á la taleya?

—Tu no tens de ferne res.

Demá al poble hi ha balladás
y tu ab mí las ballarás:
jo duré mitjas reixadas
y faldillas de damás,
sabatonas escotadeta
y sibellas als mangots.

—¡Ay mon somni, pubilleta!...

—¡Y per qué diríem no pots?

—No; no sempre 'l que 's som-
en lo món té de passar; [nia
vés y cúsas nit y día,
que damá havém de ballar.

II

En lo mas hi ha cusidoras,
cusidoras á desdir;
si han brodat las brodadoras
¿qué han de fer, sino cusir?

Van cusint unas faldillas
que tot' ellas son un ram;
ram de malva y francesillas
y campanetas del camp.

¡Quin bé de Deu que hi brillejan
las florassas de satí!

Com se trenan y 's barrejan
ab las flors del gessamí!...

Si l' una las enribeta,

l' altra hi cus lo farvalá.

¡Ay, ballant, la pubilleta,

ay, qu' hermosa que hi será!

¡No; no sempre 'l que 's som-
té de pasar en lo món! [nia
Cusiú, noyas, nit y día,
que pera ballarhi són. —

III

La pubilla 's desatina
pensant en quan las durá;
del rosé á la clavellina
¿qui, sino ella, regará?

Veu las flors com se marceixen
y tot viu y hermós ho vol,
y las gotas hi lluheixen
del regá ab lo raig del sol.

—Mira, noya, que 'l sol mata
y ab son raig te pot fer mal.

—Es que vull la flor qu' esclata
per la missa matinal. —

Y, de l' hort vá á la porxada,
y, dels porxos va al jardí,
y una toya fa gemada
de clavells y gessamí.

No; no sempre 'l que 's som-
en lo món té de passar; [nia
cullne, amor, ab alegría,
que demá havém de ballar.

IV

—Per la Verge son las toyas,
las faldillas pera mí;
cusiú totas, cusiú, noyas,
de la nit fins al matí. —

Tot just trencava 'l albada,
cuan hi va torná 'l promés;

la sanch tota al cor glassada
se senti de tan sorprés.

Veu tancada mitja porta,
veu encesos uns cirials;
la pubilla ja era morta
als primers tochs matinals.

Las flors que cullit havia
li van coronar lo front,
las faldillas que volia,
las que dú á la caixa son.

—No; no sempre 'l que 's
en lo món té de passar; [somnia
mes aixó, jo, mare mía,
aixó, ahir, yo vaig somniar.

V

—¡Vas somniar, fill de ma vi-
—Que me la pendria 'l cel. [da?..
Que la gloria, angelosida,
fora mon rival crudel.

—Qu' ha mor d' una soleyada,
deya avuy 'l seyor Doctor.

—Mort de fóch pe 'l cel enviada.
¿Veyeu com no errava 'l cor?

Vaig somniar qu' al cel un an-
se n' havia ennamorát, [gel
que ella per lo sant arcángel
mon amor deixá oblidat,

que per ell volgué emportarsen
la ventura de mon cor,
qu' eran per al cel anarsen
tant damás y tanta flor.

—Las flors pera coronarla,
las faldillas per vestir,
y tu y jo, fill, per plorarla
fins á l' hora de morir.

FREDERICH SOLER. (Pitarra.)

CONFIANZA EN DIOS

(HISTORIA DE UN SOLDADO)

¡Qué confianza
la fé nos presta!...

Alza los ojos:
solemne y muda,

en la alta torre
la cruz enhiesta

abre sus brazos
y ofrece ayuda.

¿A qué tus penas
y tus temores

si escucha el cielo
tus justas preces?

¡Alma del alma,
por mi no llores,

que voy seguro
mientras tú reces!

Callé, y su brazo
ciñó mi cuello,

mientras lloraba
por mi destino;

besé la trenza
de su cabello

y confiado
tomé el camino.

Pasaron días,
corrieron años,

y sano y libre
llamé á su puerta...

Y me dijeron
los desengaños

sólo esta frase:
«dala por muerta».

Volví á la lucha
y en tierra extraña

Dios, que es muy bueno,
salvó mi vida.

Y aquí he llegado
tras la campaña,

herido el cuerpo,
y el alma herida.

Y esa es la torre,
la cruz es esta;

mas ya no imparte
favor y ayuda.

Hirióla el rayo,
se iergue enhiesta

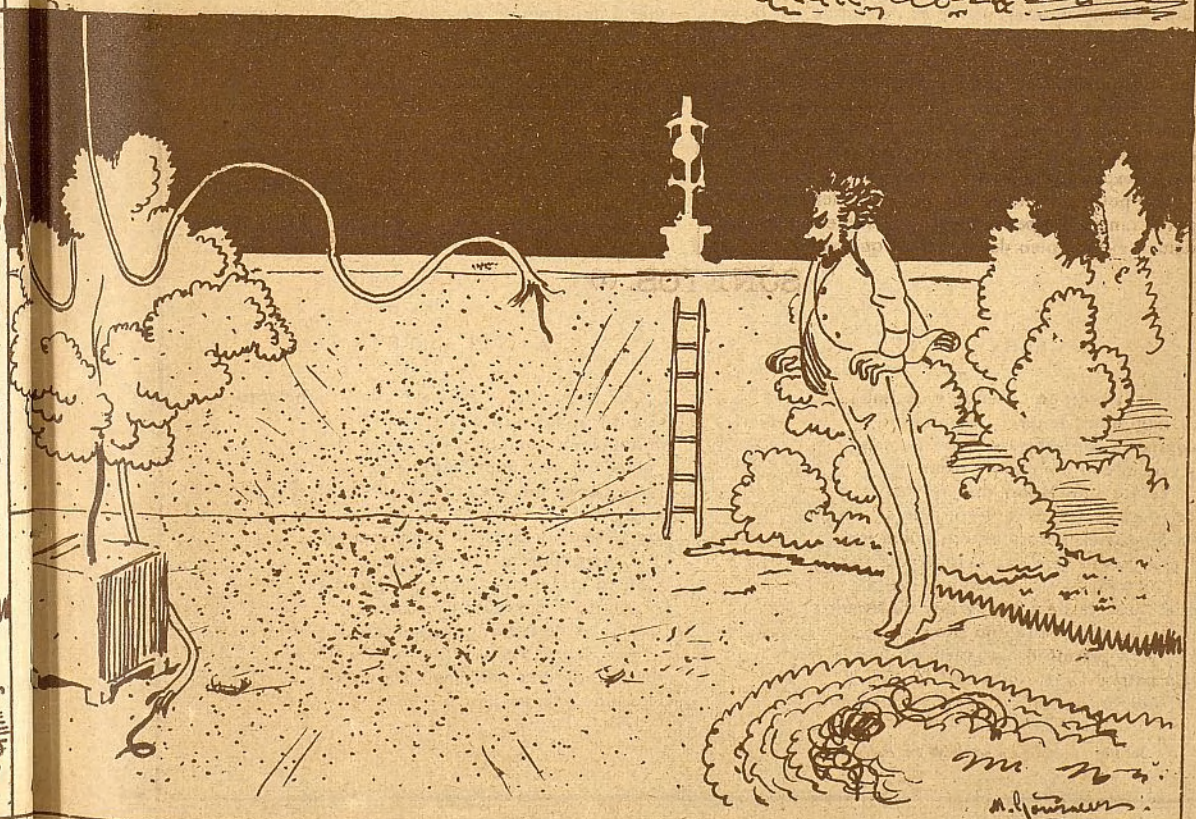
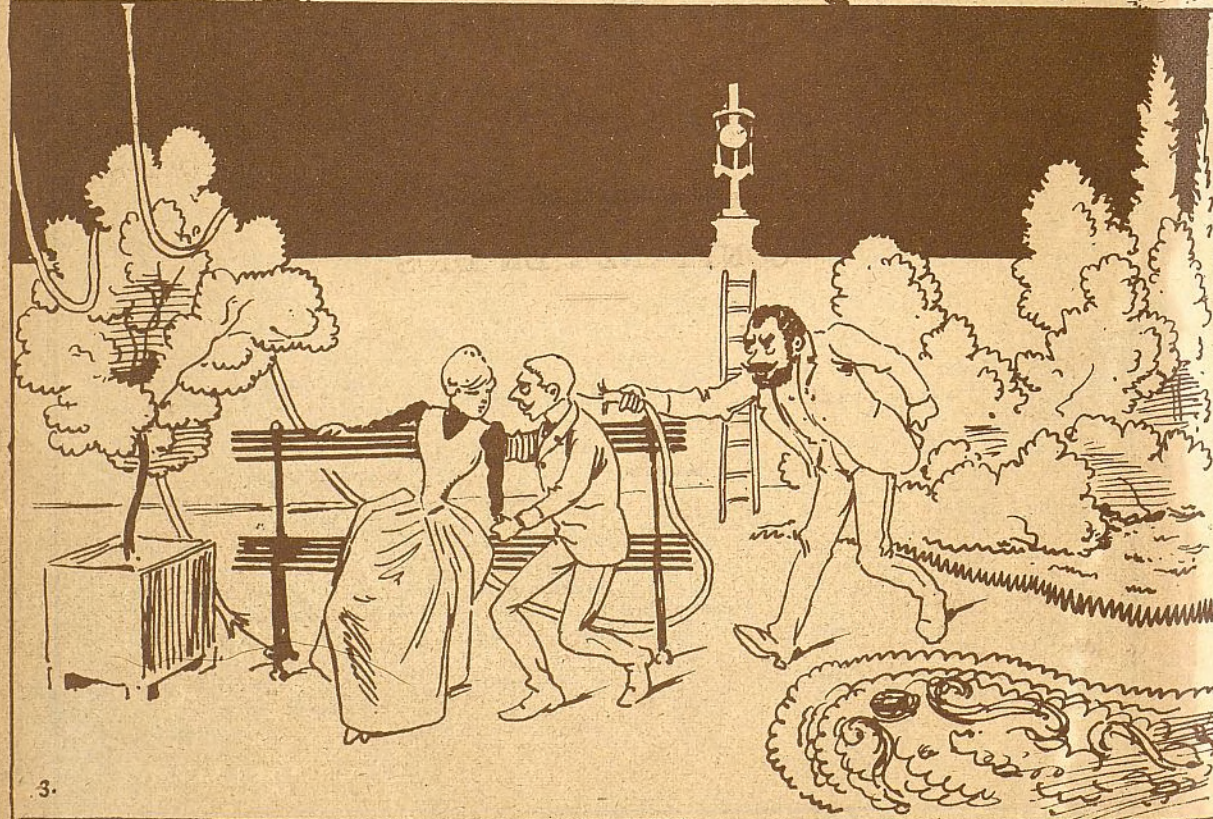
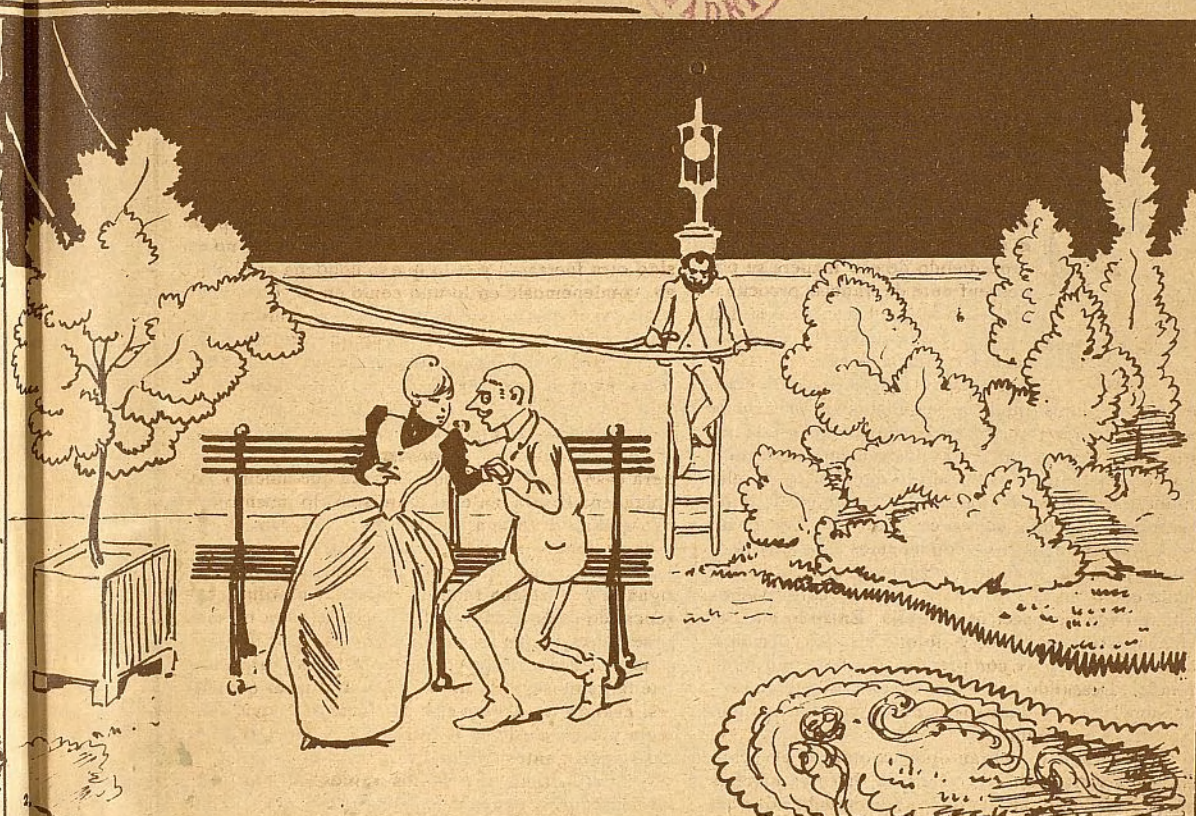
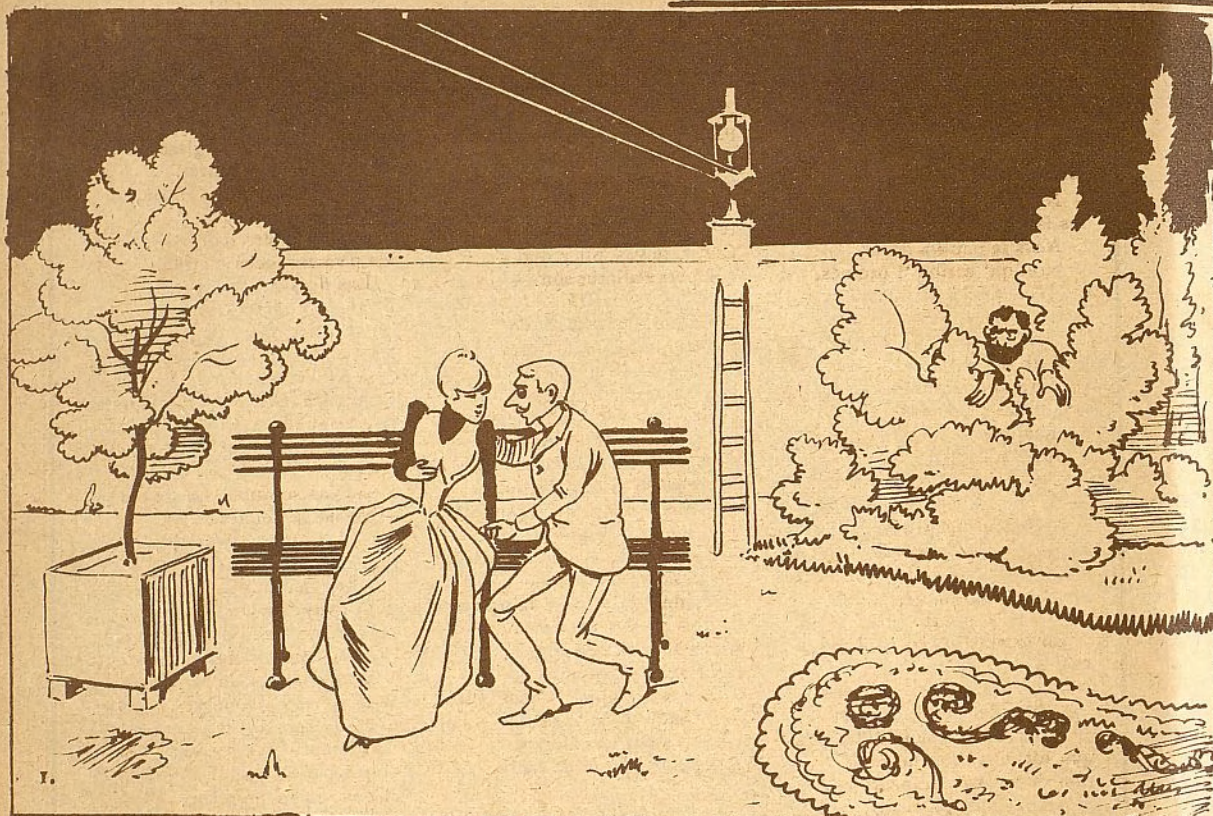
y es como el alma
que hirió la duda.

FRANCISCO DE A. ICAZA.

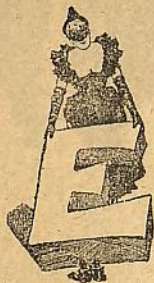
VENGANZA ELECTRICA, POR MELITON GONZALEZ.

Nada mehos que 4.000 volts de potencia tendrá la corriente eléctrica que intenta desarrollar para el alumbrado público la So-
ciedad Inglesa de Electricidad...

(La prensa de estos días.)



Ni tanto, ni tan poco.



stos señores políticos... (ó esos ó aquellos, porque no vale señalar) son verdaderamente empecatados. ¿Pues no les ha dado ahora por condenar y execrar y anatematizar el empleo de la fuerza? Creen que procediendo de esa manera se ponen enfrente de rancias preocupaciones; y lo que hacen en realidad es caer en las mismas preocupaciones vueltas al revés.

Nuestros mayores,—que eran, en verdad, unos infelices—condenaban *la funesta manía de pensar*; por lo visto consideraban que teníamos la cabeza única y exclusivamente para adorno de la persona y que todo lo que dentro de ella hubiese no servía de nada, sino á manera de relleno; nosotros—que somos casi tan infelices como esos mayores nuestros—condenamos *el empleo de la fuerza*, que, á la cuenta, juzgamos que se nos ha dado como en depósito para que la conservemos almacenada sin hacer uso de ella. Entre lo que decían nuestros mayores, y lo que nosotros decimos, como fácilmente se comprende, no hay gran diferencia. Deseando estoy que vengan á reemplazarnos en el planeta nuestros menores para que pongan las cosas en su punto.

Todos ustedes habrán oído contar lo acaecido en cierta vista pública, celebrada hace ya muchos años. Extendíase un abogado, por entender que así convenía á los intereses de su defendido, en largas consideraciones acerca del hecho de autos. El presidente del tribunal, á quien sin duda fatigaban ya las divagaciones del orador, hubo de decirle: «Ciñase el letrado al asunto... Prescinda de la paja y váyase desde luego al grano.»—«De la una y de la otra cosa ha menester Su Señoría para formar juicio», respondió el letrado y concluyó su defensa.

Eso podría decirse á los que, por defender la preponderancia del pensamiento, combaten encarnizadamente el empleo de la fuerza, que suelen llamar

bruta los que no la tienen: lo mismo que nombramos *vil metal* al oro los que no tenemos dinero. De la una y de la otra cosa hemos de necesitar en la vida: del entendimiento y de la fuerza. Si de la inteligencia no pudiésemos valernos ¿para qué la querríamos? Y si el empleo de la fuerza se nos prohíbe ¿por qué nos la han dado? Por algo y para algo posee el hombre la fuerza muscular; por algo y para algo posee el entendimiento—que, á la postre, no es sino otra fuerza—; y si lo que se condena es el abuso, condenémosle en lo uno como en lo otro; pues al fin, si el que abusando de la fuerza muscular se impone á los otros merece el nombre de bruto, el que abusando del ingenio tiraniza á sus semejantes, ó les explota, bien merecido tiene el nombre de pillo.

A bien que las predicaciones de los enemigos de la fuerza serán *voces clamantes in deserto* y nadie hará caso de ellas, aunque parezca que muchos las aplauden. Pasará en esto lo mismo, lo mismísimo que pasaría si en una reunión de sabios pensadores y de profundos filósofos se determinase, después de luminosa discusión, que eso de morir se era una antigualla y revelaba falta de cultura y absoluta carencia de ilustración; que lo procedente era no morir nunca y que así debía resolverse por todos... ¿Qué sucedería? Pues ya pueden ustedes figurárselo: que la gente seguiría muriéndose lo mismo que antes, cuando les llegase su hora, fuera de la que, aburrida y cansada de la habitación, se adelantara á desocuparla antes de que los lanzara el casero.

«Si, si—dirían todos—los sabios, la filósofos, los pensadores, tienen muchísima razón; es una majadería morir; deberíamos no morirnos; pero el hecho es que nos morimos...» Pues nada; créanme Vdes. á mí que voy para viejo (es decir, ya no voy, porque he llegado ya á la estación): con eso de la fuerza sucederá lo mismo: ahora está en boga maldecir de ella, condenar su empleo; pero si el caso llega, y cuando llegue, el que la tenga la empleará... y, acá para *inter nos*, me parece que hará perfectamente.

A. SANCHEZ PEREZ.

SONETOS. (1)

SERVIR AL REY.

En Trípoli, en Ostende y en Bujía,
al hugonote, al turco, al luterano,
combatió con esfuerzo sobre humano
y venció con denuedo y bizarría.

Veinte años luchó, día por día,
de igual suerte en invierno que en verano;
en Maestrick perdió un ojo y una mano
y una pierna dejó en Fuenterrabía.

Por todo lucro obtuvo una ventaja
que cobró tarde y mal; y hoy de lisiado
pide limosna porque no trabaja.

¡Gran premio da la patria al buen soldado!
¡La patria! Quien dijese tal la ultraja.
El sólo sirvió al rey... y así ha medrado.

1 Del libro inédito *La corte de los Felipes*.

A UNA DAMA PICAÑA.

¡Qué ingratitud, Leonor! Cuando anhelante
me miro de tus ojos en las niñas,
me hablas de chamelotes y basquiñas
y pides que te compre un guarda-infante.

¿No tienes con tus gracias ya bastante?
¿A qué con tanta profusión te alías?

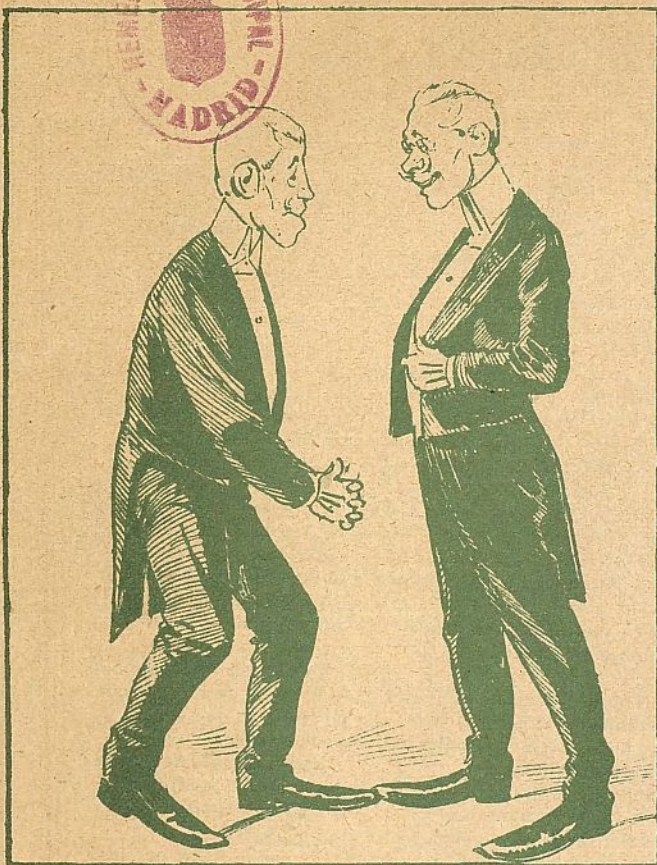
Voy á darte un consejo, aunque me riñas
y te ocurra tildarme de pedante.

¿De la alcachofa, dime, qué prefieres?
Tu apetito el cogollo sólo anhela
y las hojas de fuera no las quieres.

Pues ¿sabes este ejemplo qué revela?
Que cuando amamos más á las mujeres
es cuando encima tienen menos tela.

ANGEL R. CHAVES.

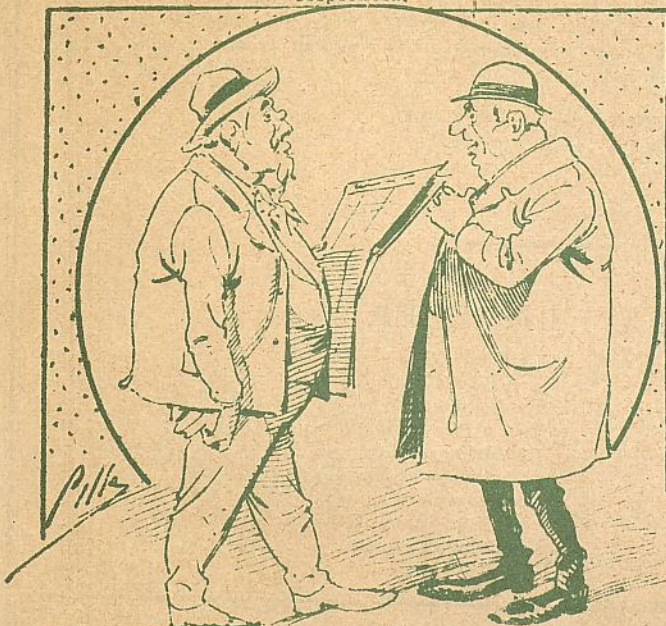
DEL CÓLERA, POR CILLA



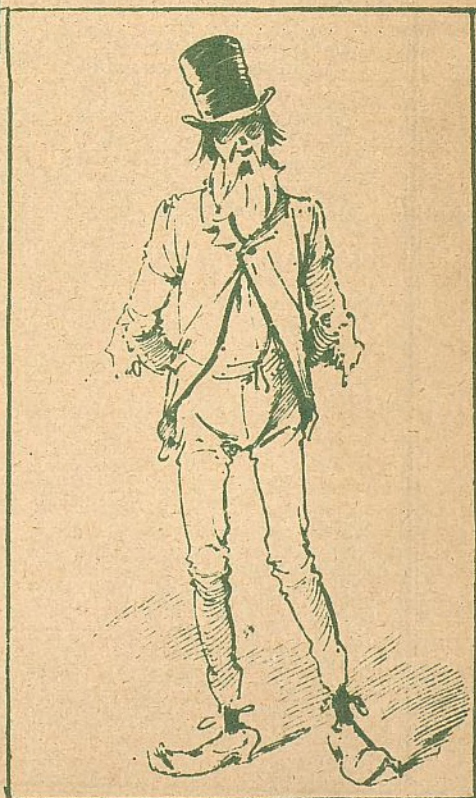
—Quiero muchísimo á Rosa
y voy á hacerla mi esposa.
—¿Y de dónde es?—De Valencia.
—Pues mira: es de procedencia
sospechosa.



—Míá tu: dicen que los de Consumos andan
muy coléricos con eso de las revelaciones de Pepe
el huevero.
—¿Coléricos? ¡Claro! ¡como se ven tan atacados!..



—¡Seis casos, Dios mío! ¿con que existen seis casos!..
—No se apure Vd., don Protasio, que esos ya existían cuando
yo estudiaba gramática. Nominativo, genitivo, dativo, acusativo,
vocativo y ablativo.



¡Pagar dietas! ¡Bah! Son tretas
que inventa algún zascandil.
¡Ay! ¡si pagaran las dietas,
tendría yo mas pesetas
que Rothschild!

LAS VISITAS

Ya sé que me expongo á gritas, mas declaro en este instante que no hay nada más cargante que las dichas visitas.

¿Que la familia de Mer me ha venido á visitar, y se me va á incomodar como no la vaya á ver?

Pues á coger la levita, que es preciso ir bien vestido, y aunque esté usted aburrido, hay que hacerles la visita.

¡Pero si me es imposible! ¡tengo hoy mismo un compromiso! Pues no hay remedio; es preciso. La etiqueta es inflexible.

Y á cumplir con la etiqueta sale usted sin dilación, y toma usted un *simon*... que le cuesta una peseta.

—¿Están los señores? —Sí, pase usted, y tome asiento; voy á anunciarle al momento. —Muchas gracias. —Por aquí. (Y la criada, Teodora, me hace pasar á un salón y allí espero de un tirón lo menos un cuarto de hora)

—¡Doña Aurora! ¿Cómo vá? —Yo muy bien. —¿Y usted pollita? —Bien, gracias. —¿Y la abuelita? —Pues sigue buena. —¿Y papá? —Ya está bien, ya se ha curado. (La mamá: Vamos, ¿ya es hora? ¡Picaron! —¡Oh, doña Aurora! —¿Nos había usted olvidado? —¡Cómo! ¿se atreve á dudar?... ¿Olvidarlas? ¡qué locura! ¿Pero á usted se le figura que las puedo yo olvidar? —Pues parece... —¡Qué descarol!)

—Como no ha venido usted hace tres meses... —Lo sé, pero mis asuntos... —¡Claro! ¡Tal vez haciendo el amor!... Quiá, es que no pillo ni un rato.

—Diga usted que es un ingrato. —No señora. —Sí señor.

Y diga usted, diga usted: ¿con qué es seguro que Irene se nos casa el mes que viene con Eduardo? —No lo sé.

—¡Lo sentiría de veras!

—(La niña) ¡Si es un danzante!

—(La mamá) ¡Es el más cargante de todos los calaveras!

—(Yo) La muchacha es hermosa; más bien que hermosa es bonita.

—¡Bonita? la pobrecita nunca ha valido gran cosa.

—Pero en cambio, es muy discreto conozco bien á Irene. [ta;

—Sin embargo, tambien tiene sus ribetes de coqueta.

—¿Con que usted no suele ver á la familia de Valle?

—Muy poco, y eso en la calle.

Precisamente anteayer, sin ir más lejos, las vi en la calle de Alcalá.

—¿Ha visto usted que mamá tan cursi y tan?... —¡Algo, sí!

—¡Qué mujer! ¡Vaya una cara! Suele llevar un sombrero de la época en que Espartero le dió el abrazo á Vergara.

Nada, le aseguro á usted que no las puedo sufrir, porque quieren presumir cuando no tienen por qué.

—Y eso es cierto, doña Aurora?

—Sí, señor. —¡Quien lo diría!

—¿Pero usted no lo sabía?

—No, señora, no señora.

—Cuando cayó el Ministerio

Don Andrés quedó cesante, y ella sigue tan boyante

¡con que á ver si no hay misterio!

—¿Y usted cómo se lo explica?

—Pues, según dice el Marqués, la esposa de Don Andrés es una mujer... *muy rica*.

Cuando hubo llegado aquí este afán de murmurar, cansado de tanto hablar, es claro, me despedí.

Y ahora entra aquí mi cuestión, que por más que he pretendido todavía no he podido hallar ninguna razón.

¿Para qué ir todos los días visitando relaciones solo á oír murmuraciones y contar mil tonterías?

¿A qué ese afán imprudente, ni el andar de casa en casa por saber lo que le pasa á todo bicho viviente?

¿Para qué insitir aun más, haciendo tal desatino, si á mí me importa un pepino lo que digan los demás?

El que no tiene que hacer, se comprende. ¡Claro está! ¿pero el que tiene? Eso ya no se puede comprender.

Serán fórmulas sagradas, pero es también lastimoso perder un tiempo precioso solo en contarse bobadas.

Nada, lo dicho: me irrita este husmear incesante, y desde hoy en adelante no devuelvo una visita.

FIACRO IRAYZOS.

EL MICO Y LA OBLEA

Anoche en la plazuela de Santa Ana debajo de la estatua del poeta, el Mico que es un *randa* madrileño, con cinco años de edad en cada pierna, colillero de oficio, tropezóse con su amiga Isabel, alias *la Oblea*, de diez años tambien y así llamada porque á la luz del gas se trasparenta;

muchacha distinguida como pocas y á quien todas las noches se la encuentra en la Puerta del Sol vendiendo á voces *El Resumen*, *El Día* y *La Regencia*, y ambo á dos parados frente á frente, comenzaron á hablar de esta manera: —¡Hola, Mico! —Muy buenas; hace días que *necesito* hablarte. —Pues empieza.

—Me parece que el Chivo y tu persona *sus* entendeis los dos, porque el te *osequia* convidándote á churros por la tarde, porque hace ya dos noches que te espera en la Puerta del Sol, junto á la fuente, para hablarse contigo sin reservas, y en fin, porque los dos teneis de alcoba el mismo quicio de la misma puerta.
—¿Y qué? —Que si *sus* cojo cualquier día le meto hasta las cachas la herramienta, y á ti, chica, tambien, si le haces cara, te *endiño* cuatro *cates* en la *gela*, *mangue* vaya despues al Abanico ó á ver á mi familia, que está en Ceuta. Conque ya lo sabeis, mucha pupila, que si un día *sus* cojo, *sus* entierran.
—¡Jesús qué *atrocidad*! ¡Pues vaya un susto!
—Por estas, que te doy. —¡Callate, fiera!
—No quiero —Callaté —*Paece* mentira que te rebajes tú con *ese pelma*, un *méndigo* más pobre que las ratas; yo tengo al fin y al cabo mi carrera, porque soy colillero, y tu conmigo estarias mejor que una duquesa, pues gano yo *pá* ti todos los días

lo menos quince céntimos en perras, y soy más alto que él. — Escucha, Mico: si hubieras *empeza*o de esa manera ya estarian las cosas arregladas, pues solo fuí con él, *bá* que lo sepas, por *achararte* ¿estás? — Eso que dices ¿es de veras, chiquilla? — ¡Y tan de veras! Me parece que sabes que me gustas y que solo por ti tengo *querencia*, de modo que si quieres, desde hoy... *pata*
—¡Y que lo digas tu; chócala, Oblea!
—¡Olé los buenos mozos en el mundo!
—¡Que vivan las gitanas de mi tierra!

Y ella gritando *El Día y El Resumen* y él cojiendo colillas por la acera, muy juntitos los dos, se dirigieron camino de la calle de Carretas. Se ha sabido despues, que aquella noche quedó casado el Mico con la Oblea, y hoy otrece su casa á los amigos en la plaza de Oriente, segun se entra por la calle Mayor, el primer banco debajo de la estatua de Don Fruela.

FERNANDO MANZANO.

MAGDALENA

(FRAGMENTO DE UN POEMA INÉDITO)

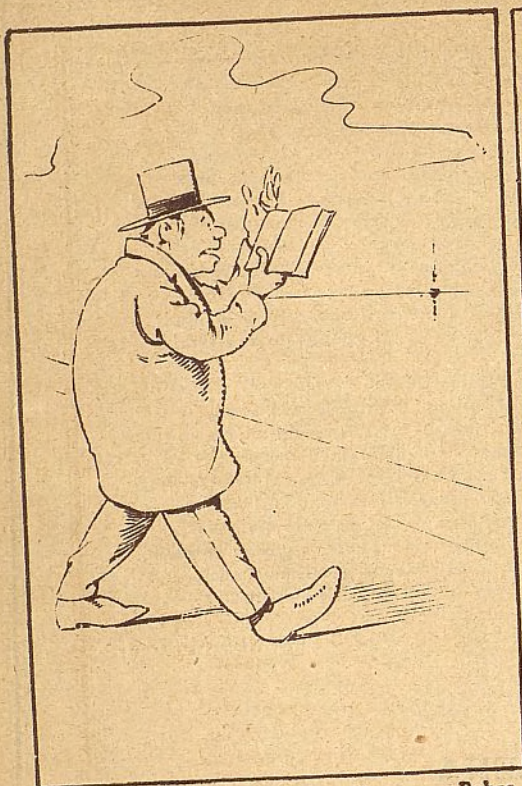
I

No lo extrañeis: todo hombre se enamora de todo lo que quiere, aunque á veces no quiere lo que adora; y la mujer, que vive enamorada desde que nace, de cualquier nonada, (de sueños y de cosas que prefiere y de hombres y de cosas mil que ignora) se enamora cien veces en cada hora, queriendo á veces todo, es decir, nada.
¿Por qué pues Magdalena, siendo mujer, y siendo tan morena, que aún vestida de negro, parecia que aquel color moreno provenia de que sus ojos de mirar ardiente, siendo dos soles como el sol del día, le estaban dando el sol continuamente, no se iba á enamorar como cualquiera de lo que ella quisiera, cuando para querer ó enamorarse casi siempre han tenido las morenas el cráter de un volcán pronto á inflamarse dentro de cada gota de las venas?

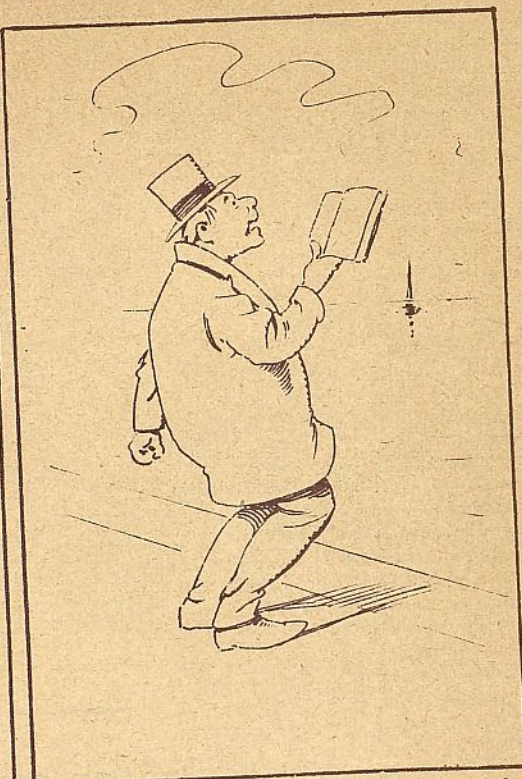
Pues bien: aunque lo mismo hubiera sido si es rubia, porque yo estoy convencido de que en esto de amores y de ardores el alma, de cualquier color que sea, tiene siempre lo menos mil colores que ponen en la luz de la retina el color del objeto que desea, nuestra hermosa heroina (porque si no lo he dicho, Magdalena casi era más hermosa que morena) digo, que al fin, se enamoró una noche despues de ver el *Fausto* en paraiso, sin perder un detalle del *fausto* de ese *Real*, que es un derroche, al llegar hasta el frio de la calle desde la altura aquella de aquel piso.
¿De quién? ¿De quién? Se enamoró ¿de un coche! ¿Qué! ¿No sabiais que el amor es ciego? Pues, bien; yo antes tampoco lo sabía y al empezar á amar no lo creía, pero á fuerza de amar... lo he visto luego!

MARCIAL DE LOS RIOS.

¡CATAPLUM!, POR ESCALER.



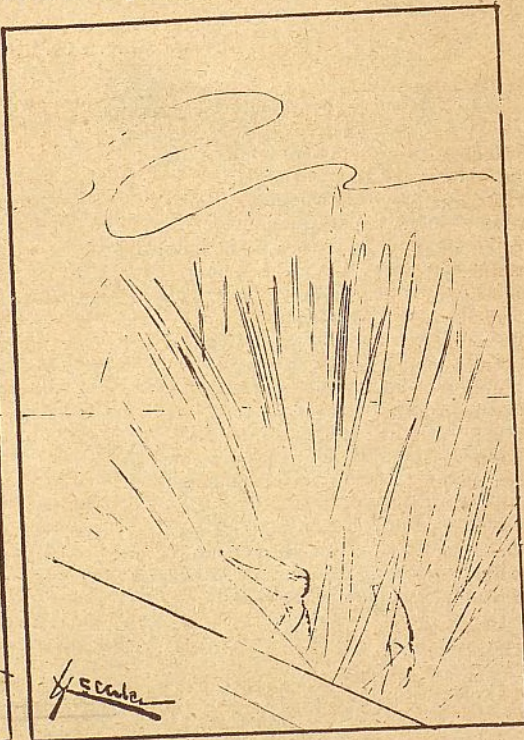
... «y la pobre Emilia...» Eso digo yo: ¡Pobre Emilia!



«... desesperada, loca, ante la increíble tenacidad de su tirano padre...» Si, señor; tirano, tirano era.



«... se precipitó en el mar y...»



¡¡Cataplum!!

MIS PRESUPUESTOS

(MONÓLOGO)

—Pues de esta tarde no pasa; hace una semana ó dos que nivelar debí los presupuestos de mi casa.

Transcurren días y días, el sueldo me han rebajado y á mi mujer he mandado que introduzca economías; mas como ella no ha querido hacerlo, pues, con razón, dice que la introducción corre á cargo del marido, yo soy quien lo debe hacer y aquí me teneis dispuesto á arreglar el presupuesto como Dios me dé á entender.

Ingresos: La anualidad, 6.000 reales... ¡qué fortuna!... y 12.000 por alguna que otra irregularidad.

Gastos: ...Puede que se queje mi mujer si suprimida ve esta importante partida que me parte por el eje: los trajes y los sombreros... ¿cómo van á suprimirse?... ¡Lo que ella quiere es vestirse

aunque yo me quede en cueros! La cuenta de la modista de un modo terrible aumenta (¡Oh, si *subiera* esa cuenta... hasta perderla de vista!). Mas con su genio endiablado, que tanto me dá que hacer, ¿quién le dice á mi mujer que se gasta demasiado?

Que siga como hasta ahora gastándose... ¿por qué no?... ¡Si eso es lo que quiero yo: que *se gaste* mi señora!... Bien podría por ahorrados unos cuantos duros dar no volviendo á convidar á comer á mis cuñados. ¿Que no es para suprimida la partida? ¡Y á mi qué! Tengo ya deseos de jugarles una partida. Y el golpe es de los certeros. ¡Supresión más oportuna! ¡Como que suprimo una partida... de bandoleros! Mas en vano pondría esa idea salvadora,

porque sé que mi señora no me lo toleraría...

¿Y la doncella? Sin ella puede pasarse á mi ver; mas... ¿qué dirá mi mujer si yo toco á la doncella?

El concierto semanal se podría suprimir, porque nos viene á salir casi por un capital;

pero fuera un desacierto; siendo mi esposa una arpía ¿qué en mi casa pasaría si nos faltara el *concierto*? Dejar el abono en Lara excelente idea fuera; mas... si mi mujer lo oyera quizá me desconjuntara...

Una tarea me he impuesto á mis fuerzas superior: ¡ni el mismísimo Egüilior arregla este presupuesto!

La cosa es dificultosa. No puedo economizar... Es decir... ¡a no empezar por suprimir á mi esposa!...

FERNANDO SEGURA

SUCEDIDO

Ensucándose en el lodo de un camino vecinal, caminan con ruta igual un pescador y un beodo.

Aunque el barro les enrona, los dos marchan á la vez y, si el uno lleva un pez, el otro lleva una *mona*.

Cargado marcha el primero presa del mayor enfado, y es que aun marcha más cargado al ver á su compañero, que, en apariencia abatido, la tierra á menudo muerde y, aunque el camino no pierde, marcha borracho perdido.

Es el pescador más viejo y, por razón de la edad, se toma la libertad de darle al otro un consejo.

—No te arrimes á las cubas; no bebas—dice—no bebas. Haz como yo ¡no te atrevas ni siquiera á comer uvas!

Atiende á mis reflexiones

y escucha lo que te digo.

¿No ves tú, mi buen amigo, si bebes como te pones?

No hay vicio como ese vicio y no se le vé la miga.

¡Permíteme que te diga que marchas á un precipicio!

Ponte de hinojos aquí y haz resolución interna de no entrar en la taberna ni arrimarte por allí;

y ofrécele al Redentor que consagrarás tu vida á la siempre bendecida industria del pescador.

Renuncia, pues, á tus cuitas y, si lo haces con verdad, tendrás la tranquilidad de que tanto necesitas;

cesarán todos tus males como á tí te dé la gana; maneja desde mañana

los cebos y los sedales; que cantos del cielo escucha y ve abrirse el mismo cielo

quien ve del traidor anzuelo colgar la argentina trucha...

Tengo un corcho que es la al-más perfecta que yo tuve, [haja pues mi corazón se sube siempre que el corcho se baja.

Y al tomar el dulce fresco de una margen pintoresca...

¡Ay! cuando salgo de pesca ¡ya no sé lo que me pesco!

—Su idea de usted es absurda. —¡Hazte pescador!

—¡No quiero!

De pescar algo, prefiero pescar, como hoy, una curda.

—¿Una curda? Pues te fio que no conozco ese pez.

—¡Qué hemos de hacerle! Tal vez no venga por este río.

—¡Te engañas!

—¡Oh, no!

—¡Te engañas!

Pero, en fin, oye si puedes: eso ¿lo pescas con redes?

—No ¡si lo pesco con cañas!

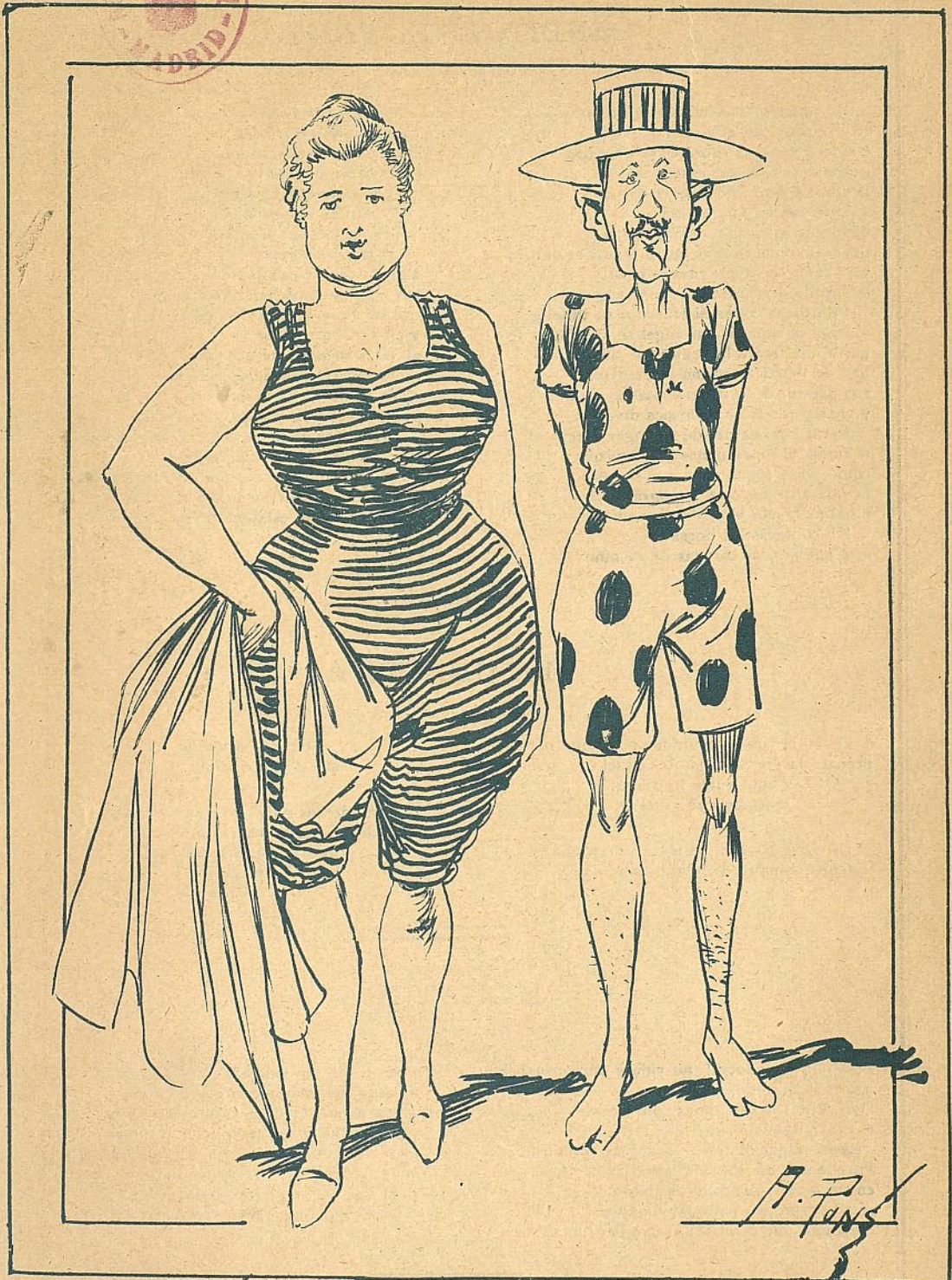
L. ROYO VILLANOVA.

EL MATRIMONIO EN BAÑOS POR PONS



EL PRIMER AÑO.

EL MATRIMONIO EN BAÑOS POR PONS



EL SEGUNDO AÑO.

BENDITO ES EL FRUTO...

(EN UN ALBUM.)

De ilustres vates el rendido coro
te celebró junto al altar postrada,
cuando prendida sobre el velo de oro,
ceñía de tus gracias el tesoro
la corona gentil de desposada.

Hoy que mi voz, guiada
del noble afán de tu alabanza justa,
llega al concierto que en tu honor se entona,
vá á ceñir tu cabeza otra corona:
la corona de madre, aun más augusta.

Pronto, si colma el Hacedor tu anhelo,
—pues ya á tu casa el angel se avecina
que á ella traerá la bendición del cielo—
han de llenar tu estancia peregrina
risa que luz de lo interior parece
y charla que es cual música divina.

Verás cual dentro de tu hogar acrece
el ruido, el movimiento y el cuidado,
como junto á una cuna que se mece
la vida ante tus ojos se engrandece
y hallas objeto al porvenir soñado.

No contarás las horas
más que por las caricias de tu niño,

que pagará tu maternal cariño
con gracias seductoras;
irás mil veces por las noches, quedo,
á levantar las blancas colgaduras,
de que despierte el querubin, con miedo,
de puntillas y á oscuras,
sobre los labios colocando el dedo;
y las horas enteras,
aquella cuna columpiando á ratos,
sus movimientos hallarás más gratos
que el ritmo celestial de las esferas;
y en vivos arrebatos,
al ver á tu hijo que dormido yace,
prorrumpirás con dulce desvarío:
«¡Ya sé, ya sé, Dios mío,
por qué se vive, y para qué se nace!»

Y el amor de tu esposo irá en aumento,
fundándose de entrambos la existencia
en el sér que es de entrambos el contento.

Para unir la hermosura y el talento
¿qué más digno eslabón que la inocencia?

EMILIO FERRARI.

EN UNA HOJA.

De un album enfrente me pone una hermosa;
preparo la pluma, sujeto el papel...
y aquí entra lo grave:
¿qué digo yo en él?

Diré que las gracias juntaron en ella
ingenio, donaire, bondad, discreción....

¿para qué, si todos
son de mi opinión?

Mirando sus ojos olvido mis canas...
Escucha, Carmita, sabrás mi sentir...

Mas ¡Dios me perdone!
¿qué iba yo á decir?

MANUEL DEL PALACIO.

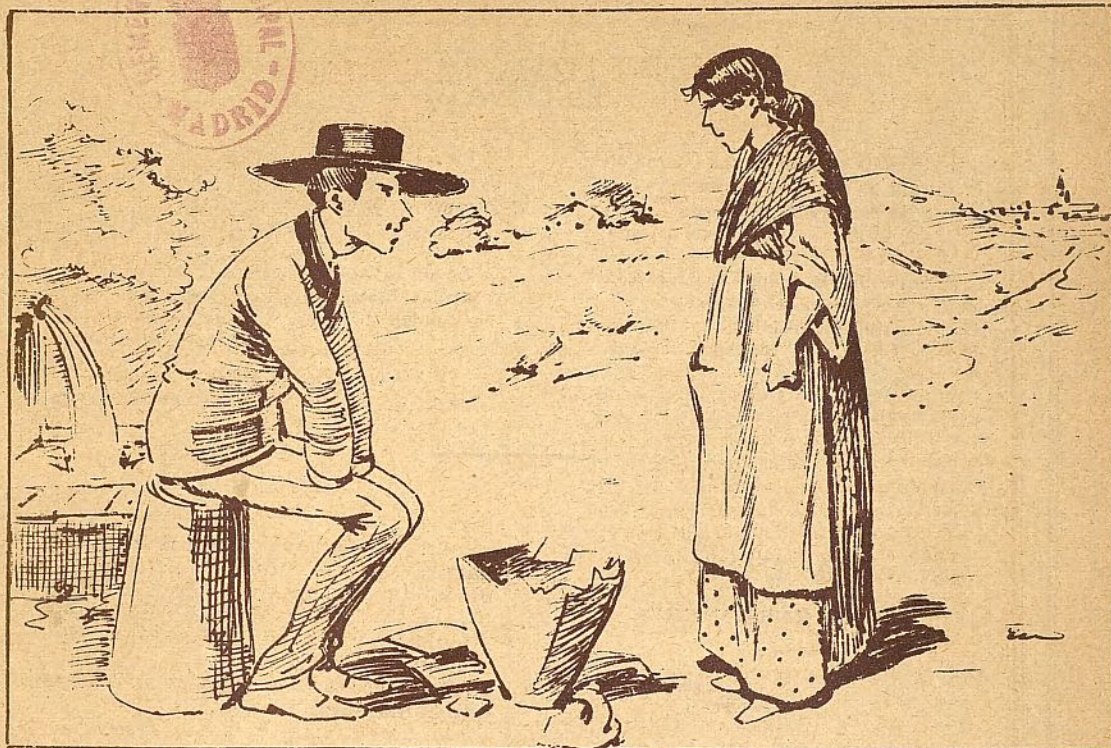
MINIATURA.

—¡Oh, Venancia! ¡mi vida y mi consuelo!
¿sabes lo que te digo?
Que cubras desde ahora con un velo
esa cara de cielo
cuando salgas de noche á hablar conmigo.
Porque con esa luz que centellea
en tus ojos, ¡oh, cándida paloma!
se alborotan los gallos de la aldea,
creyendo que es el sol el que se asoma!

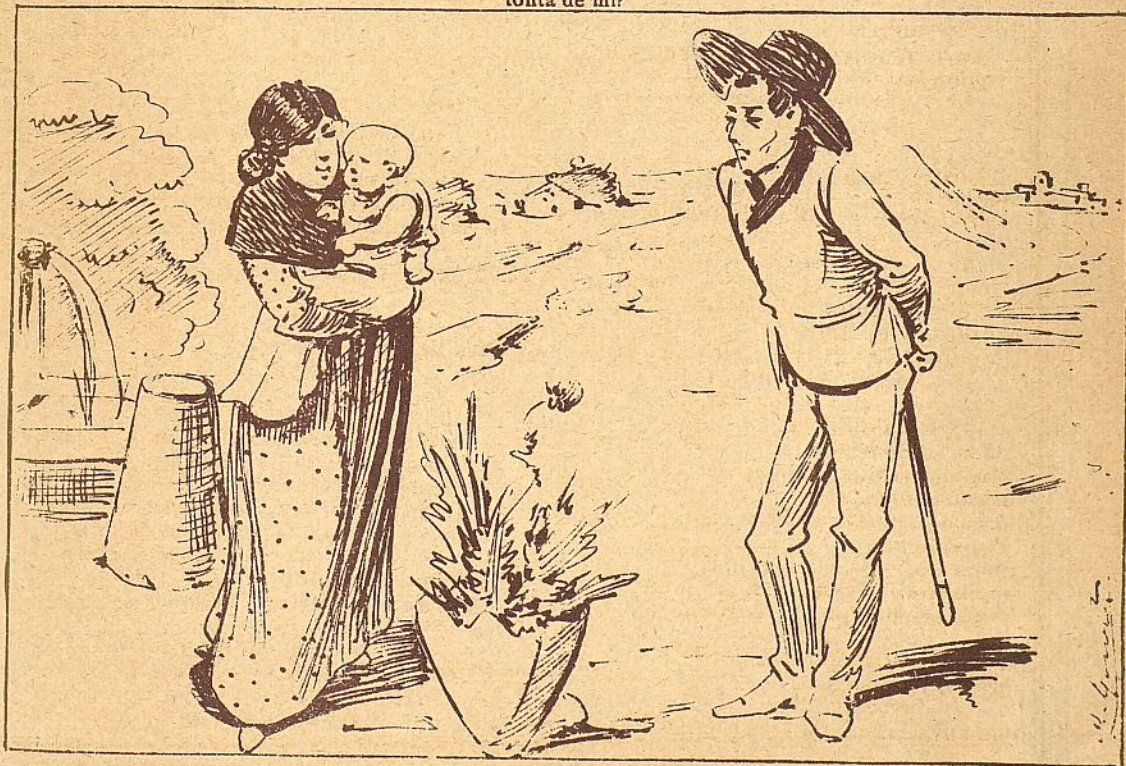
Esto, en otras palabras, le decía
un zagalote con la manta al hombro
á una moza gentil, pero bravia,
que escuchaba sus frases con asombro.

Y en el otro hemisferio, á gran distancia,
pensaba triste el sol:—¿Qué habré yo hecho
para que un zampatorras sin provecho
se atreva á compararme con Venancia?—

EL CANTARO ROTO, POR MELITÓN GONZALEZ.



—¡Tú me lo has roto! —No haya cuidado...
—Yo soy culpable, que te lo dí.
¿Por qué, Dios mio, te lo habré dado,
tonta de mí?



Pasan diez meses: pasó a la vera
él de la fuente y entonces vió
que la semilla que allí cayera
fructificó...

ESTIVAL

Lo sol bat sobre 'ls camps. Las corretjolas
obrint sos ulls morats guaytan entorn,
y abrassan las espigas ab sos brassos
engalanats de flors.

Lo sol bat sobre 'ls camps. Acompassadas,
brandant al buf ardent del ventjol,
se hesan las espigas y rosellas,
cugulas y llacsóns.

Lo sol bat sobre 'ls camps. Tot brunz, tot vibra
y entona ab veu solemne una cansó:
la cansó de la vida y la esperansa,
teixida ab raigs de sol.

Lo sol bat sobre 'ls camps. Y aucells y plantas
y abellas, brumarots y papellóns
me saludan al veurem, y 'm convidan
á cantar sa cansó.

APELES MESTRES

LA NIÑA DE LA CARBONERIA

A mi amigo el poeta Ortega
Morejón.

I.

—Todos son unos, ¡maldición! ¡todos son unos! ¡Igual da que se les vea cubiertos de brillantes y de dijecillos de oro, sentados ante su escritorio repleto de pilas de monedas, que sucios de carbón en el fondo de una negra leñera!

Todos son unos, esos egoistas, cuyo corazón se endurece sin latir por otro sentimiento que el afán mordedor del tráfico y las sensualidades del negocio. ¡Pocos, muy pocos se libran del sórdido egoísmo!

El Sr. Manuel tenía á la muchacha ¿era su hija?

Nadie lo sabía, aunque todo el mundo lo sospechaba...

Lo que es Antón, el mozo de cuerda de la esquina, no tenía duda alguna. ¡Todos son unos! Era su estribillo y lo repetía constantemente mirando con encono al Sr. Manuel.

Este sería el padre; el caso estaba en saber quien sería la madre. Alguna desgraciada á quien habría engañado el pillo del carbonero...

La pequenuela andaba siempre por medio de la calle...

—¡Se va á perder la maldecida de la muchacha! ¡Maldita sea ella!

Ya se sabía que el carbonero lanzaba sobre la chiquela estas palabras, dichas en voz áspera como ladrido de perro exasperado, y mostraba su negruzca faz, barbuja y dura, revolviendo fieramente sus ojos feroces, cuando la niña desaparecía

al extremo de la callejuela á mirar los escaparates de la calle de... ancha y espaciosa, llena de luz y de ruidos.

A las doce el Sr. Manuel comía su plato de tajadas y echaba sendos tragos de vino y la chiquita sorbía el caldo de una cazuela ó arrebañaba las sobras de comida que le mandaba un vecino...

Vea usted; y al señor Antón se le requetaban las entrañas al ver esto y había hablado de ello en la taberna. Unos le replicaron que la chica no era del carbonero, otros contaron que cierta noche le habían puesto una criatura recién nacida á la puerta de la tienda, y que una señora vieja le había dicho que acogiese á la niña, y que por esto le mandaría un tanto al mes... Pero todo el mundo se reía ante la suposición de que la chica fuese del Sr. Manuel.

—Eso es verdad—replicaba el carbonero al hablar de esto,—en cuanto á que la señora pasa, también es verdad; pasar, pasa... pero cuenta que es nada lo que pasa. No tengo ni para zapatos para la muchacha.

No le faltaban al Sr. Manuel, ni mozos para llevar la leña y el carbón á las casas, ni cigarros puros, ni dinero en el bolsillo. Siempre se le veía orondo y reposado, gordo como un cebón, sin reirse jamás sino ante los parroquianos ricos. Un día se supo que había dicho que si no le mandaban la pensión de la ehica, la metía en un asilo. ¡Vaya un alma! Cuando era el carbonero más rico del distrito, y no tenía ni más familia, ni otras obligaciones. ¡Tacañote!

Marujita tendría ya unos ocho años. Nadie la llamaba hija ó sobrina del carbonero, sino la niña de la carbonería, y en realidad era la hija de la calle; la pasiega de la casa de vacas la había criado dándole el pecho de aquellas robustas ma-

mas tan nutridas, que ofrecian leche para su hijo y un considerable sobrante para Marujita; el tendero de comestibles la llevaba el delantal de galletas; las señoritas del principal de la casa de la carboneria la habían vestido y calzado con desechos, hasta que todo el mundo se cansó de favorecerla; al fin y al cabo era «una poca vergüenza socorrerla cuando su padre, ó lo que fuese, la tenía tan abandonada.»

Marujita estaba flaca, tenía algo de la blancura caliza y del sombrío tinte de aquella calle privada de sol, estrecha y larga como un pasadizo del alcantarillado; siempre se ofrecía la pequeña sucia del polvo del suelo y del polvo del carbón; iba desgredada, rastreando los piés, moviéndose con torpeza y sin otra gracia en su rostro que la truhanería y la malicia de los granujas.

¡Daba pena mirar á la pobre niña de la carboneria!

II.

Allá, al extremo de la calle, que daba al complicado enredijo de otras calles más estrechas, más oscuras, más abandonadas y sucias, había un portalillo, nunca solitario, y ante el cual rendía su asombro, en el que sujetaba su curiosidad Maruja.

Asomaban en él unas mujeres pintadas de colores tan fuertes como los de las cabezas de las muñecas bastas de cartón... Aquellas mujeres reían desaforadamente, hablaban como carreteros y fumaban como los hombres. Pues bien, Marujilla iba allí algunas veces; pero no había pasado del portalillo; aquellas mujeres la habían dado algunas veces cuartos, cacahuets, piñones y torraos.

Todas la conocían, llamándola francamente «la chica de la carboneria;» aseguraban y se lo habían dicho con todo descaro, que era fea como un murciégalo y flaca como una lagartija.

Pero Marujilla se quedaba como si tal cosa ante aquellos insultos, y tornaba por el portalejo nauseabundo... Hasta que un día al entrar allí se sintió cogida por unas garras y se vió en los flacos brazos de una mujer desconocida, otra nueva que había llegado á aquella casa. Era horriblemente fea; la besó, la abrazó, como si la fuera á morder y á destrozar, y después, ¡oh! ¡después la habló de un modo espantoso!

¡Cuidado con que ella, la mujer, la viese acercarse por allí; la daría una paliza... la dejaría inútil para toda su vida!

Y la mujer puso un gesto fiero, que amedrentó profundamente á la niña. Salió de allí trémula de espanto...

Durante mucho tiempo, cuantas veces intentaba acercarse la pequeña al porta-

lejo, se hallaba con la rígida y amenazadora figura de aquella mujer, y no se atrevía á avanzar ni un solo paso hacia ella... Pero, cosa extraña, la mujer no dejaba de mirarla con una persistencia singular...

Marujilla, Marujilla, la niña de la carboneria, ¡cantaba! cantaba algunas veces: enlazaba sus enjutas y misérrimas manecitas á las de otras niñas, y unía su voz débil y agria á las vocecillas angélicas de sus compañeras...

¿Ha visto usted á mi marido en la guerra alguna vez?

Y aquella terrible mujer del portalejo, ceñuda y como abstraída, permanecía con los ojos fijos en el corro de las chicuelas de la calle.

Un día la maestra de un colegio de niñas, la llamó para decirle que dijera al Sr. Manuel que la dejase subir á las horas de lección; una persona caritativa, sin duda la gran señora que había dado en otro tiempo la pensión para que el señor Manuel la mantuviese, había remitido los dos duros mensuales de la enseñanza, y se comprometía á enviarlos durante muchos años, todos los días primeros de cada mes.

La maestra, sin duda, había adivinado que aquella mujer terrible del portalejo asustaba á los chicos, porque prohibió á Marujilla que se acercase á aquella «asquerosa cueva de demonios.»

Por lo demás, al Sr. Manuel tanto le daba; se había acostumbrado á reñir fieramente, y aun á castigar á la chicuela.

Una mañana sucedió una cosa muy singular... La mujer espantosa fué conducida al hospital en una camilla... la camilla se detuvo ante la carboneria; la cubierta de hule se abrió, una cabeza horrible, amarillenta y flaca asomó por entre la abertura; dos ojos vidriosos y húmedos rebucaron en el fondo tétrico de la leñera, nada vieron...

—No busques, ya la mandó al asilo el señor del principal... y me dejó de quebraderos de cabeza—exclamó brusca y cínicamente el Sr. Manuel, sin mirar siquiera á la enferma.

—¡Gracias, Manuel!—murmuró la enferma y desapareció tras la cubierta de hule y se la sintió caer cual si desapareciese tras de una losa sepulcral ó cayese en el fondo de un sepulcro.

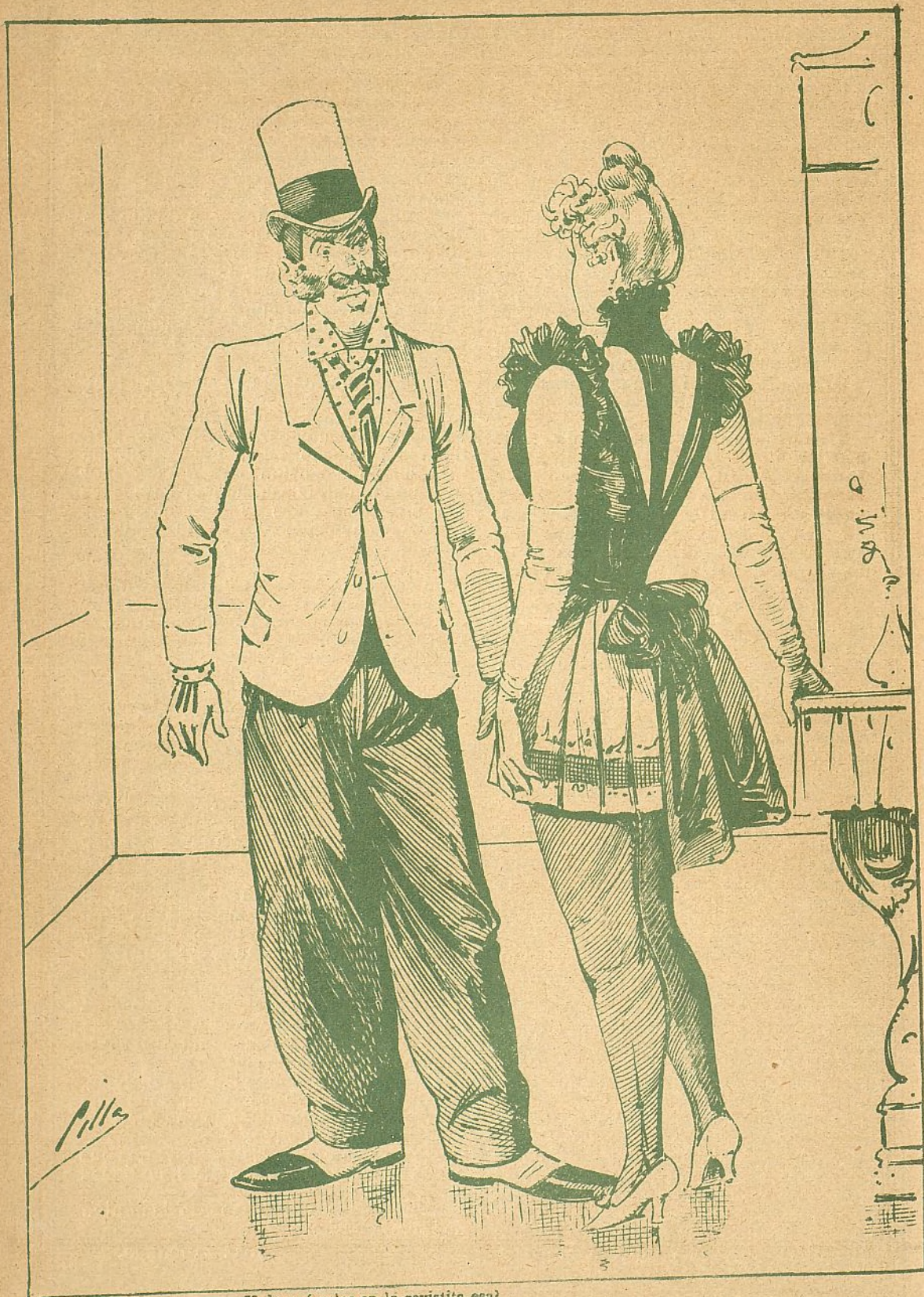
Nada sabemos de esta horrible historia, sino los comentarios de Antón, el mozo de cuerda, que seguía mirando con furia al carbonero y repitiendo:

—¡Todos son unos estos marrajos que hacen cuartos; todos son unos, no tienen ley á sus hijos.

Hé aquí cuanto pudo saberse de la niña de la carboneria.

JOSÉ ZAHONERO.

DE OPORTUNIDAD, POR CILLA



- ¿Y de qué sales en la revistita esa?
—De *bacillus virgula*.
—¿Bacillus? Pues entonces ya sabes lo que te corresponde: hacerme caso.

COPLITAS.

No le hagas caso á tu madre,
que ella ha sido igual que tú
y encontró con quién casarse.

Hizo piecécitas
muy malitas *ellas*
y ahora llama burros á los que las hacen
y así se consuela

Tu no verás la tostada,
pero creo que debías
escribir con cabezada

Más de cien mil duros
tié Pepe el Huevero
¡Qué fortunas, madre, las que algunos hombres
hacen con los huevos!

¡Ay, niña del alma! mira
como tendré la cabeza,
que hoy le he dicho á un sacerdote:
¡Vaya usted con Dios, morena!

¡No se vaya usted, sereno,
que viene allí un concejal
y llevo encima dinero!

J. LOPEZ SILVA.

CHIRIGOTAS.

**Unico encargado de la venta de
LA SEMANA CÓMICA en Barce-
lona: D. Juan Tasso, kiosco de la
Rambla de las Flores, frente á la
calle del Hospital.**

El ilustre novelista catalán, autor de *La Papa-
llona* y *Vilaniu*

D. Narciso Oller,
ha tenido la bondad de conceder á la empresa de
LA SEMANA permiso expreso para traducir y publi-
car sus preciosas novelitas catalanas

LA INDISCRECIÓN,
LO DRAMA DE VALLESTRET
y
LA BOFETADA.
que se publicarán en un folleto (suplemento á uno
de los próximos números de LA SEMANA) al precio
de

15 CENTIMOS EL EJEMPLAR
Seguirán á este folleto otros, que contendrán
obras de los más ilustres poetas y novelistas espa-
ñoles, al mismo precio y en las mismas condiciones
que el anteriormente anunciado.

Se suplica á los corresponsales fijen pronto sus
pedidos.

Los periódicos locales
hace días que se quejan
de que, aunque el Gobernador
ha dado órdenes severas
para que se cierren pronto
(antes de las doce y media)
los teatros, muchas noches
hasta la una no se cierran.
¡Vamos! ¡Si que es un escándalo
que así abusen las empresas!
¡Ir al teatro por gusto,
dar por ir una peseta,
y no poder retirarse
antes de las doce y media,

sólo porque el empresario
no quiere cerrar la puerta!...

Y apropósito de teatros.
La Dinastía y *El Noticiero*, y no sabemos si al-
gun otro periódico más, dan la enhorabuena á dos
señoritas que han tomado la buena costumbre de
quitarse el sombrero en el teatro cuando se levanta
el telón.

Unimos á esas felicitaciones la nuestra, y felici-
tamos también á los que se sienten detrás.

Es decir; si no son más altas ellas que ellos, que
altas deben ser porque si no... ¡no se quitarían el
sombrero para ver la función!

En Valladolid un joven que se hallaba en rela-
ciones amorosas con una muchacha, bajo pretexto
de no sé qué preparativos de boda, sacó de casa de
su novia el baul en que ésta guardaba sus ropas y
desapareció con él.

Y lo raro es que los periódicos lo cuentan como
una cosa extraña, cuando es lo más natural del mun-
do

Porque ¿qué más natural sino que en vísperas de
boda quiera un amante *desnudar* pronto á su novia?

En Londres se ha verificado estos días una Ex-
posición para la construcción de una torre gigan-
tesca.

¡Con decirles á Vdes. que hay proyecto de torre
de 528 metros de altura!...

Por cierto que no llego yo á comprender para
qué querrán los ingleses una torre tan alta.

¡Como no sea para decirle á Dios desde allá arri-
ba que baje á ver la torre Eiffel!...

Siempre va muy despeinada
la señora de Gutierrez
y eso que aseguran todos
que su marido es un *peine*.

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro 9, (pasaje)



¿Qué será el chico?



¿Curá?



¿Militar?



¿Abogado?



¿Mozo de café?



¿Carretero?



¿Zapatero?